SS SERVICIO SECRETO

AGENTE X-27

alar benet



AGENTE X-27



ALAR BENET

AGENTE X-27

Col. SERV. SECRETO n.º 700
Publicación semanal
Aparece los MIERCOLES

EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.
BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTA



Depósito Legal B 1.253 - 1965

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: marzo - 1965

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1965

N. R. 71/65

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imagianción del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:
876 — No soy un *gun-man*.

En Colección COLORADO:
371 — Un hombre de hierro.

En Colección BRAVO OESTE:
190 — Caravana maldita.

En Colección CALIFORNIA:
427 — Tres letras de plata.

En Colección KANSAS:
334 — El hijo del enemigo.

En Colección SERVICIO SECRETO:
745 — Infierno en el barrio chino.

En Colección ARCHIVO SECRETO:
44 — Trampa para un traidor.

En Colección BUFALO:
583 — Viaje sin retorno.

En Colección METRALLA:
59 — Cinco días en el terror.

En Colección PUNTO ROJO:
146 — Tres días en blanco:

CAPÍTULO PRIMERO

Asomado a la ventanilla, miré de nuevo el reloj. ¡Qué despacio marchaba el segundero!

Tenía conciencia de un grave peligro. Necesitaba alejarme rápidamente de Potsdam. Hasta que no me encontrara en la zona occidental de Alemania no podía considerarme a salvo.

No ignoraba que en cuantos lugares parásemos, patrullas soviéticas subirían al tren para pedimos, una y otra vez, la documentación.

No temía al futuro, una vez hubiese atravesado el sector soviético. Dejaba atrás un pasado sangriento. Actué de acuerdo con las instrucciones recibidas, en lucha por la paz del mundo.

Me volví inquieto, al sentir pasos a mí espalda. Pude ver a una joven de ojos verdes y rostro de óvalo perfecto que se encaminaba al coche salón. Admiré la esbeltez de su cuerpo y su hermosa cabellera negra que acariciaba sus hombros. Sentí deseos de ir en pos de ella, pero me contuve. No deseaba conversar con nadie hasta que no hubiese rebasado la frontera del "telón de acero".

Siempre creí que el servicio de contraespionaje soviético era una fuerza sin inteligencia, brutal. Estuve a punto de fracasar por haber menospreciado a un enemigo antes de conocerle.

Me tocaron en la espalda y giré en redondo, asombrándome de no haber oído al que llegaba, un sargento de la policía militar rusa.

—¿Pasaporte?

Lo mostré con indolencia. Temprano comenzaban. Aquel hombre debió subir al tren en Potsdam.

—¿Inglés?

—No; americano. Ahí lo dice.

—Habla usted el ruso a la perfección.

—Lo estudié en mi país antes de ser nombrado secretario de embajada en Berlín. También estuve en Moscú, con Bedell Smith.

—Gracias, señor Howland.

Me devolvió los documentos, observándome con desconfianza. Nadie en la N.K.V.D. ignoraba que el antiguo embajador había sido nombrado director general de la organización de espionaje que forma parte del supergobierno de los Estados Unidos, denominado comúnmente "Trust de los cerebros", bajo la dirección absoluta del presidente Truman.

De nuevo solo, me abismé en mis meditaciones. Había estado en Rusia, en coordinación con el *Intelligence Service*, investigando el paradero de unos documentos secretos sobre nuevas armas atómicas que desaparecieron del Foreing Office en extrañas circunstancias. No conseguí

recuperarlos. Al abrir una caja de caudales del Ministerio de la Guerra soviético, una humareda me indicó la verdad. El arca, al ser forzada, puso en marcha un mecanismo mediante el cual un potente ácido caía en el contenido de la misma, reduciéndolo a cenizas.

Durante varios meses investigué en centros oficiales hasta convencerme de que no existían copias de los documentos y al comunicarlo a mis superiores recibí la orden de marchar a Londres, desde donde esperaba trasladarme en breve a los Estados Unidos.

Acostumbrado a los largos desplazamientos, me daba lo mismo permanecer en un país o en otro; pero la idea de volver a casa me producía una sensación de gozo. Ningún sitio como San Francisco para gozar de la vida, olvidando un turbio ayer de sangre y temores.

Evoqué mi infancia y mi primera juventud. Huérfano de madre, papá, un militar retirado, juzgaba que a la patria debe servírsela en el lugar en que se es más útil, aunque no guste. No solo no se opuso sino que me alentó a ingresar en el Servicio Secreto. Me narraba historias del Office of Strategical Service, conocido popularmente por O.E.S. El viejo aún vivía en su confortable chalet de Stanvon Street, frente al Golden Gate, el magnífico parque de San Francisco que serpenteaba entre colinas.

Antes de tomar el tren en Berlín recibí una carta suya anunciándome la visita de tía Carolina, a la que apenas si recordaba.

Llevaba nueve años de servicio en el Central Intelligence Agency, interviniendo en los más arriesgados servicios, sin que la Providencia me abandonase. Varias veces estuve a punto de ser capturado y algo milagroso me libró de un trágico final.

Acaricié la pequeña calavera que colgaba de la cadena de mi reloj de bolsillo. Me daba buena suerte.

—¿Me permite?

La bella pasajera me sonreía, pidiéndome paso. Mi enorme corpachón ocupaba el pasillo.

—Con mucho gusto. Perdone. Estaba distraído.

—Gracias.

Me plegué a uno de los laterales para que la muchacha pasara. Como la vez anterior, la vi marchar. Aquella mujer era demasiado hermosa. Demasiado, ¿por qué?

El buen agente ha de ser algo parecido a un autómata, sin más satisfacciones que el deber cumplido, y sin más deberes que los de servir lo que juró defender.

Despreciaba a las mujeres, quizá porque la que quise me dejó para casarse con un hombre rico. Estuve enamorado de Mary durante dos años; pero ella, tal vez por juzgarme sin porvenir y no resignarse a esperar a que terminase mi carrera de abogado, nunca me alentó. Mejor para los dos. Si me hubiese aceptado no habría elegido el camino de la muerte.

Mary no era tan hermosa como la desconocida.

Contemplé el paisaje, pleno de ruinas y desolación. Los aviones británicos y norteamericanos machacaron Berlín no solo por represalia sino también por suponer, con justicia, que allí habían instalado los germanos sus fábricas de material bélico. Los montones de escombros impresionaban.

Cansado de permanecer en pie, decidí penetrar en el departamento reservado por la Embajada. Allí fumé cigarrillo tras cigarrillo hasta que el convoy se detuvo en Brandenbg, donde me molestó otra vez la policía soviética.

Respiré al sentir ponerse en marcha el tren. Cada giro de las ruedas me acercaba más a la vida, a la tranquilidad, a la paz. En la guerra fría desencadenada por Oriente, los miembros del espionaje éramos enemigos a los que se exterminaba sin compasión, como a animales dañinos.

De pronto sentí en mi interior una inquietud desconocida, un grito de ese sexto sentido que tantas veces me previno de un peligro. Alguien cruzaba ante la puerta corredera de mi reservado. Alcé una cortinilla. ¡Otra vez ella!

Me pareció estrecho mi departamento y en mis venas comenzaron a latirme los pulsos. Abordaría a la desconocida.

Como en mí era costumbre, tomada una resolución, esperé unos minutos para madurar un plan, y después, con paso elástico, tras comprobar que mi revólver salía fácilmente de la funda sobaquera, me dirigí al coche salón. En una butaca, con la vista clavada en una ventanilla, divisé a la mujer. Fumaba.

Con ademán distraído me acerqué a ella. No me miró.

Me acomodé en el asiento próximo, y saqué mi pitillera. Con el cigarrillo en la mano, le dije:

—¿Sería tan amable de darme lumbre, señorita? He perdido el encendedor.

Me miró con sus extraños ojos verdes y una mano enguantada en negro me tendió un primoroso mechero de nácar.

—Con mucho gusto.

No había nadie en el coche. Aventuré:

—Gracias. Hice varias veces el mismo viaje y siempre sucede igual. Hasta que no salimos de la zona soviética pocos se atreven a abandonar sus departamentos.

—Sicosis de guerra —fue la lacónica respuesta.

—¿Usted no participa de tal anormalidad?

—No —respondió con una sonrisa burlona—. Me tengo por persona equilibrada, como usted.

—Muy amable. ¿Le molesta mi charla? Voy a París.

—Yo también.

—Entonces podemos ser buenos amigos. ¿Qué le parece?

Me sorprendió a mí mismo la ansiedad con que aguardaba su contestación, que restalló como un trallazo en mi cerebro.

—Por mí no hay inconveniente. Ignoro qué pensará Doc de su proposición.

—¿Se refiere a su perro favorito?

—No. Doc es mi dueño.

Ante tan inexplicable respuesta quedé suspenso unos minutos, para inquirir de nuevo:

—¿Quiere decir su marido?

—No. Es mi dueño —insistió con rebeldía. Su voz temblaba con trémolos de ira y burla—. Ustedes, los civilizados, tratan con respeto a sus mujeres.

—Habla de él como si no le conociera.

—Así es. Nos reuniremos en París. Es muy inteligente, señor…

—George Howland —me apresuré a presentarme—. ¿Cuál es su nombre?

—Olga Turgueniev, y he de decirle en honor a la verdad que me es usted más conocido que Doc. Para identificarle tendré que fijarme en un clavel rojo de su solapa.

—¿No tiene una fotografía suya?

—No.

Medité unos segundos.

—Es tan… absurdo lo que me cuenta, señorita, que temo se burle de mí.

—Puede creer lo que quiera. Yo siempre digo la verdad… cuando no existe un motivo que me obligue a mentir.

El diálogo comenzaba a irritarme. En los ojos de la mujer se adivinaba un mundo de tristeza. Una extraña luz brillaba en sus pupilas. La miré, con intención de sonrojarla, con descaro. Vestía un elegante traje de terciopelo negro adornado en el escote con un collar de perlas. Intuyendo un misterio, quizá una tragedia, me aventuré a preguntarle:

—¿Por qué va a reunirse con él? Me parece adivinar que no quiere a Doc.

—Es mi dueño.

Enojado, repetí:

—Su dueño… ¿Es usted una cosa para tener dueño?

—En efecto. Soy una cosa, señor Howland.

—Entonces —afirmé para romper su frialdad, para que me insultase y conocer las reacciones de mi interlocutora—, ¿se ha vendido por dinero?

Oyéronse pasos. Ella palideció y por un momento temí que fuera a desmayarse.

—No comparto su criterio. El Occidente no posee la verdad; nosotros,

sí. Rusia acabará dominando al mundo, no lo dude.

—No lo dudo, señorita, si cuenta con tan apasionados defensores.

Comprendí que el giro dado a la conversación era provocado por la presencia del tercer personaje, a quién no veía. Guardamos silencio. Un individuo de rostro ancho y ojos pequeños se acomodó a nuestra izquierda, junto a una ventanilla. Nos saludó.

—Buenas tardes.

Respondimos a sus palabras. Deseaba ardientemente continuar la charla con Olga Turgueniev. Ella, como si adivinara mis ideas, temerosa de una indiscreción, comenzó a hablarme de arte soviético con apasionados acentos.

—Nuestros artistas representan el triunfo del porvenir sobre la decadencia capitalista.

—¿No le gusta Miguel Ángel?

—Para responderle tendría que estudiar sus obras. Hay que cantar en prosa, verso, lienzo o piedra, la verdad.

—¿Ustedes están en posesión de lo que todos nos afanamos en encontrar?

—Sí.

Más desconcertado que al conocerla, aplasté el cigarrillo en el cenicero de metal, y encendí otro. Distraído, saqué mi encendedor, olvidándome del pretexto que utilicé para conversar con Olga, en cuyos ojos, que parecían tener independencia del resto de su semblante, vi una expresión de regocijo.

—¿Quiere fumar?

Aceptó con una sonrisa que terminó de crisparme los nervios.

—No hay muchas mujeres tan elegantes como usted en Moscú.

—Visto así fuera de mi patria.

—Luego… ¿viaja en acto de servicio?

Los ojos de Olga Turgueniev se animaron. En ellos leí un aviso.

—No. Me propongo descansar.

El hombre que con su presencia interrumpió nuestro diálogo se incorporó con el cigarrillo a medio consumir, saliendo del coche fumador, en el que de nuevo quedé solo con Olga. Ella me reprochó, en voz que era un susurro:

—¡Imprudente! Puede costamos caro a los dos.

—¡Bah! —repuse—. Me protege mi pasaporte diplomático. En cuanto a usted, nada le ocurrirá. ¿Quién es él?

—Nicolae Dascalul, rumano renegado de su patria e inspector de la N.K.V.D.

Mi prevención contra aquella mujer aumentó. La personalidad de los miembros del Comisariado de Asuntos Exteriores es secreta. Si oiga le conocía era porque…

—Sé lo que está pensando. No se equivoca. Trabajo a sus órdenes. Antes me preguntó si me había vendido por dinero. No estaba en mi voluntad venderme.

—¿Por qué no me invita a su departamento y me habla con claridad? Me molestan las incógnitas.

—Sería muy comprometido para los dos. ¡Si viera lo necesitada que me encuentro…!

—No la entiendo. ¿De qué? No será de dinero. Su aspecto indica lo contrario.

—De protección.

Sonreí con burla.

—No me considero tan importante como Nicolae Dascalul. El sí puede ayudarla.

Sus manos se posaron en las mías. Temblaban. Escuché una petición que me sobrecogió por su patetismo.

—¡Usted puede salvarme…! ¡Quiero la libertad!

Un sarcasmo brotó a mis labios, pero me pareció cruel y callé.

—¿Y qué puedo hacer yo?

—Casarse conmigo apenas crucemos la frontera oriental de Berlín.

La sorpresa no me permitió articular palabra. Tardé unos minutos en serenarme.

—¿Qué pensaría Doc?

—No me importa. ¡Es de él de quien huyo! ¡Por caridad! Mañana será tarde. Una vez en América podré ganarme la vida. Conozco a la perfección el francés, el inglés y el ruso. Su compromiso termina donde empieza mi libertad. ¡Se lo suplico! ¡Usted es bueno! ¿Quiere conocer mi historia?

Escuchamos pasos a nuestra espalda. Entraba Dascalul. Olga me preguntó:

—¿Cuál es su reservado? ¡Pronto!

—El catorce —respondí.

—Muy interesante. Prometo hacer una visita… a esos monumentos parisienses a que se refiere con tal entusiasmo, principalmente al Museo del Louvre. Si pretende torcer mis gustos perderá el tiempo.

Sus bruscos cambios de la angustia a la naturalidad me hicieron prevenirme aún más. Era una perfecta comodante para con su jefe. ¿Acaso no lo era también conmigo?

Dascalul se acercó a nosotros, terciando en el diálogo:

—Hace mal en afirmar tales cosas, camarada Turgueniev. He visitado París en otras ocasiones. El Salón Carré, del Louvre, reúne obras de los más famosos artistas. Aunque me repugnan las figuras, el colorido en magnífico. Perdone, señor. Me llamo Nicolae Dascalul.

Se inclinó ceremonioso y tuve que incorporarme para estrechar su mano.

—Soy George Howland, diplomático. Celebro conocerle. Comentaba hace un rato con Olga que somos pocos los que hemos salido de los departamentos.

—Sí —me contestó el de la N.K.V.D—. Obedece a dos motivos. Los asientos aún no se han hecho incómodos. El otro es meramente subjetivo. A veces, nuestra policía se ha visto obligada a detener a algún saboteador o enemigo de la paz. Él ha creado una leyenda.

—Comprendo. Sentémonos, si le parece.

—La Unión Soviética tiene enemigos. No creo prudente referirme a ellos en su presencia.

—Hace bien —dije, sin desconcertarme—. Raramente nos pondríamos de acuerdo. Hablemos de Londres, de París o del pasado y el futuro de Alemania.

—Sea como sugiere. Olga va a conocer la que en tiempos se llamó Ciudad de la Luz. Le sorprenderá…

Nicolae Dascalul no pudo seguir conversando. Salió despedido del asiento. A Olga le ocurrió lo mismo. Solo yo, que iba de espaldas a la marcha, me mantuve en la butaca. El maquinista, por razones que ignoraba, había echado a fondo el freno de aire comprimido. El convoy tardó unos instantes en detenerse.

Olga y Nicolae se asomaron a las ventanillas. Les imité. Un hombre, con un banderín rojo, se acercaba a la máquina.

—¿Qué ocurrirá? —inquirió la mujer en voz alta.

—Pronto nos enteraremos. Vayamos en busca del revisor.

El funcionario nos hizo una revelación inesperada. Alguien había volado más de cien metros de carril. Imposible continuar.

—¿Qué medidas van a tomar? —inquirió el de la N.K.V.D.

—Solicitar por telégrafo autocares que trasladen a los viajeros a Dessau. Desde tal población podrán continuar el camino.

Ahora fui yo el que interrogue:

—¿Lleva telégrafo el tren?

—Sí.

Observé un mal disimulado gesto de contrariedad en Dascalul. Proseguí:

—¿Quién evitó la catástrofe?

—El guardabarrera. Nos encontramos cerca de una pista que va desde Leipzig a Brandenbg, en donde enlaza con la gran carretera de Berlín. Oyó una explosión y marchó hacia el lugar del suceso en una motocicleta de su propiedad. No se inquieten por sus equipajes. Serán remitidos a sus puntos de destino.

—Gracias. Voy por mí maletín de mano. Me urge llegar a París.

Me alejé de mis improvisados amigos, no sin hacerles una leve inclinación de cabeza. Poco después me hallaba paseando por las

inmediaciones de una casa de una planta en la que residía el hombre que nos salvó, al que rodeaban numerosas personas. Olga me hizo desde lejos una seña con la mano, y los dos acortamos mutuamente las distancias que nos separaban.

—Mala suerte —dijo ella.

—Para mí, no para usted. Tardará unas horas más en conocer a su dueño.

—Prolongar la agonía de un condenado es cruel.

El comentario, en tono sincero, me impresionó.

—No exagere ni se deje arrastrar por el pesimismo. Dascalul, con una sonrisa hipócrita, se aproximó a nosotros.

—¿Muy impacientes? Ahí llegan los coches.

Tres autocares se detuvieron en la carretera. Quince minutos después emprendían la marcha con destino a Dessau, la bella y señorial ciudad que se alza a orillas del río Mulde.

Oscureció en el breve trayecto. En la estación recibimos una mala noticia.

—Tendrán que pasar la noche en la ciudad. Un descarrilamiento obstaculiza el tráfico.

—Demasiadas coincidencias —mascullé entre dientes.

—¿Decía? —me interrogó Nicolae.

—Nada. Pensaba en dónde albergamos. No conozco Dessau.

—Yo, sí. Si no le parece mal, nos alojaremos en Eduard Strasse, frente al Jardín Federico. Hay un hotelero amigo que nos tratará bien. ¿Viene con nosotros, Olga?

—Sí. Posiblemente seremos los de más suerte. Usted es un hombre de influencia.

—Gracias. ¿Es un cumplido?

La fulminó con la mirada.

—Una realidad. ¿Tomamos un taxi?

—No. Daremos un paseo.

Anduvimos por varias calles desiertas, deteniéndonos en una de gran anchura, flanqueada por árboles.

—Es Albrecht Strasse. Si les parece, cenaremos. ¿Qué hace?

Había visto acercarse un automóvil, por una de cuyas ventanillas asomaba un objeto metálico, quizá el cañón de una metralleta o de un fusil, y me dejé caer al suelo. Iba el último por haberme retrasado para encender un cigarrillo. Al pasar el vehículo rodé a la derecha, ocultándome tras el tronco de un árbol. Tal movimiento me salvó la vida. Escuché un sonido sordo, inferior al que produce una botella de champaña al ser descorchada, y comprendí que acababan de dispararme utilizando un silenciador. El coche, fallado el golpe, se perdió a lo lejos a gran velocidad.

Me acerqué a Nicolae con aire de desafío.

—Han querido matarme.

—Ya lo he visto. Soy el primer sorprendido. Pondremos el caso en conocimiento de la autoridad militar para que busque a los culpables.

—No hará falta. Mañana partiré en el primer tren. ¿Está muy lejos el restaurante?

—A unos pasos.

Penetramos en una sala cuadrada provista de anchas mesas y cómodas sillas. En los decorados y en la arquitectura se adivinaba el carácter alemán. El comedor era amplio. Al fondo, sobre un templete, una orquesta interpretaba composiciones de marcado matiz soviético.

Dejé a Olga la elección del menú, atrayéndome en no muy gratas meditaciones. ¿Por qué y quiénes quisieron eliminarme? Me extrañaba que de forma ocasional el destino me hubiese llevado a la única población de la zona soviética que deseaba evitar. Dessau era, después de Berlín, el punto clave del espionaje ruso.

—¿Muy preocupado, señor Howland? ¿Quiere que solicite para usted una escolta de policías?

Me volví a Dascalul. Tanto era mi furor que no supe medir mis palabras:

—Gracias. No tengo fe en la protección que me ofrece. Quizá muriera asesinado por la espalda.

El de la N.K.V.D. se mordió los labios, sin duda para no dejarse dominar por la cólera.

—No es muy… diplomático lo que insinúa. Ofende a mí patria.

—¿Alemania…? ¿Rumania?

Palideció.

—No. Rusia —debí sonreír—. ¿Lo duda?

—De ninguna manera —giré la mirada en torno mío antes de comentar—: Dessau es, indudablemente, un pueblo tranquilo… y melancólico.

Sentí la presión de la rodilla de Olga recomendándome prudencia, y su voz:

—Es comprensible su enojo; pero no debe ser injusto.

—Perdonen. Aquí nos traen lo pedido.

Cenamos con apetito, regando los bien condimentados manjares con cerveza, y guiados por Dascalul, atravesamos Wilhelm Strasse hasta alcanzar un hotel de la avenida Wagner. El *maître* acudió a recibirnos.

—¡Qué grata sorpresa, señor Dascalul!

—¡Hola, Sergio! Prepáranos tres habitaciones.

—¿Van a cenar?

—Ya lo hemos hecho. ¿Cambiaste el cocinero?

—Sí.

—Lo celebro. Era detestable.

Diez minutos más tarde nos separábamos, deseándonos mutuamente un

buen descanso.

La cerradura de mi puerta, de tipo antiguo, no ofrecía seguridad, y faltaba el cerrojo interior. Puse un fino alambre en el picaporte colgando un pequeño cascabel de plata. Si alguien intentaba entrar, el ruido me advertiría del peligro.

Abrí mi maletín para sacar el pijama, y tras colocar la pistola debajo de la almohada, apagué las luces. Tenía necesidad de pensar y la cama era mi sitio preferido para resolver graves problemas.

Tardé más de una hora en dormirme. Apenas lo hube hecho, un leve tintineo me despertó. Quité mi rudimentario trabajo de alarma, acercándome a la puerta con la automática empuñada. Me hallaba en un avispero.

Mi visitante no deseaba sorprenderme. Desde el exterior empujaron levemente la puerta.

—Abra, Howland. Soy yo.

Reconocí a Olga, y con la pistola en el bolsillo del pijama, franqueé la entrada a la mujer, que iba ataviada con un largo batín de seda.

—¡Cierre! El hotel está lleno de espías. Necesito hablar con usted.

—Siéntese.

Olga se acomodó en la descalzadora y yo a los pies del lecho. La miré en silencio. Estaba hermosísima, con el cabello suelto y los ojos brillantes de excitación. Pese a darse cuenta de que la admiraba, no sonrió.

—Mi causa es la suya, Howland —comenzó—. Ayudándome se ayudará.

—No la entiendo.

—Es bien sencillo. Si no huimos amparados en la noche y clandestinamente recorremos las millas que nos separan de la zona británica, usted no saldrá vivo de Dessau y yo tendré que casarme con el hombre al que me ha designado la N.K.V.D.

—Ofrézcame pruebas de lo que asegura.

—Me es imposible. Sin embargo, tengo la certeza de que cuando Nicolae nos dejó solos por primera vez en el salón fumador, fue a ordenar por telégrafo desde el tren que prepararan la farsa de la voladura. Después se puso al habla con Dessau.

Aunque no ignoraba la suprema autoridad de los agentes del Comisariado de Asuntos Exteriores, simulé no dar crédito a sus palabras.

—Me parece que exagera. No se puede interrumpir un servicio caprichosamente.

—¡No conoce a Dascalul! No le importaría prender fuego a una ciudad con tal de obtener un éxito policíaco.

—Mucho le odia.

—Sí. Vístase mientras yo hago lo propio y partamos utilizando la escalera de incendios.

—¿Quién me garantiza que no es una traición? Cabe la posibilidad de que me tiendan de un balazo en la carretera. No habría incidente diplomático. Las patrullas me confundieron con un evadido. Utilizaré la inmunidad diplomática.

Olga se incorporó.

—¿No quiere socorrerme?

—Lo haré, en lo posible, por vía legal. Mañana saldremos de Dessau.

—A no ser que Nicolae encuentre un pretexto para retenerle —opuso Olga—. Siga mis consejos.

El instinto me gritaba que hiciera caso a mí interlocutora; pero la vida enseña a desconfiar de las mujeres. Además, las circunstancias me aconsejaban ser prudente.

—Lo siento. Vuelva a su habitación.

Ella, muy pálida, se puso en pie.

—¡Me supone traidora!

—Cualquiera en mi situación se comportaría del mismo modo —dije—. Ha de comprenderlo.

—Labra su perdición. Escúcheme; para que me comprenda y me compadezca, le referiré la historia de mi vida. Si Nicolae sospechara que lo hago ordenaría que me mataran.

—Nada le obliga a correr tal riesgo.

Aparentaba frialdad. Sin embargo, la sangre abrasaba mis venas. La belleza de Olga comenzaba a sugestionarme. Hubo una pausa en la que la mujer pareció ordenar sus ideas. Al fin, sentándose de nuevo, comenzó:

—Ignoro el lugar de mi nacimiento. Solo recuerdo que era una más en él…

CAPÍTULO II

“El colegio que el Partido tiene establecido en Tula, en plena Meseta Central Rusa, como todos los de la Unión Soviética, se ocupa de la formación política de los internados. Si se presta atención a la cultura es precisamente para hacer más eficaces en el servicio al Partido a los que, cumplidos veinte años, desempeñarán cargos de confianza del Gobierno. Algunas de mis compañeras recordaban a sus padres. Yo, no.

Solo en sueños veía un rostro de hombre, envejecido por las penalidades y con la frente surcada por una profunda cicatriz. Pensaba muchas veces en si sería mi padre.

Mi gran facilidad para los idiomas me hizo descollar entre mis compañeras. A los quince años hablaba perfectamente el francés y el inglés, realizando prácticas con dos jóvenes de dichas nacionalidades que habitaban, como yo, en Tula, aunque fuera del colegio. Uno de ellos era ingeniero de una fábrica de armas. El otro, capataz de una fundición.

Mi adolescencia nada tuvo de envidiable. La disciplina era rígida y se castigaba con severidad la más leve falta. A los veintiún años, ya en las clases superiores, con habitaciones individuales para dormir, fui llamada al despacho del comisario director. A su lado había un hombre, al que me presentó.

—El camarada Nicolae Dascalul, al que debe respeto y obediencia, tiene que hablar con usted. Siéntese.

Era la primera vez que me trataba con cortesía. Sorprendida, le obedecí.

—Estoy a sus órdenes.

—Seremos buenos colaboradores. Hoy abandona la tutela del Gobierno para servirle. Se le ha dado educación, infundiéndole el sentido de la verdad y del sacrificio. Espero que sepa corresponder.

—Lo intentaré.

Nicolae Dascalul se puso en pie.

—La pondré en antecedentes en mi despacho. No se preocupe por sus ropas. Las del internado no sirven para la ciudad. Yo elegiré su equipo.

Nos despedimos del director, abandonando el gran edificio en el que se albergaban, por sexo y edades, más de un millar de niños o jóvenes. Salvo las contadas veces que asistimos a algún acto político, nunca había abandonado la residencia. Nuestros paseos los dábamos en los amplios jardines. La ciudad, de doscientos cincuenta mil habitantes, presentaba un animado aspecto, y así lo hice observar al que me acompañaba.

—Es la salida de uno de los tumos de trabajo. Comamos.

Penetramos en un establecimiento, que me pareció lujoso. Dascalul, complaciéndose en mi turbación, pidió la carta.

—Tome, camarada. No repare en los precios. Pida lo que le apetezca.

Le miré. En el internado se contaban en voz baja relatos de las pruebas a que eran sometidos aun los más adictos.

—No me atrevo —respondí.

—¡Es una orden!

Siempre me he adaptado bien a las circunstancias y no opuse resistencia, eligiendo sopa de pescado, un plato de huevos y pollo. Comenté:

—Comprendo su intención, camarada. Hoy es un día grande para mí y para el Partido, que cuenta con una nueva defensora. A su cargo queda la elección de vinos.

Sonrió.

—Muy inteligente. Presumo que seremos grandes amigos.

Durante el almuerzo me habló de las costumbres ciudadanas, agregando:

—La última lección se recibe siempre fuera de la residencia y depende de para lo que sea designado el ex alumno. En adelante prescindirá de la sobriedad en que ha vivido. Se habituará al lujo, a frecuentar medios aristocráticos. Los profesores la eligieron. ¿Nos defraudará?

—Espero que no.

Contesté sinceramente.

—Vamos a Moscú. Telefonearé para que venga a recogernos un coche.

Se dirigió a la cabina telefónica, situada en el extremo opuesto del salón. Me hallaba muy cerca de la entrada y vi cruzar a niños, a cíngaros y a mujeres ataviadas con blusas, pañuelos a la cabeza y faldas voluminosas. A mi izquierda, en una mesa contigua, tres hombres, que llegaron pocos segundos después que nosotros, bebían vodka. Uno de ellos llevaba en sus manos un ejemplar del diario “Izvestia”.

Al reunírseme Dascalul le hice notar la presencia de aquellos individuos.

—No se preocupe —respondió—. Son nuestra escolta. Desde este momento su vida y la mía son vitales para el Estado. En breve nos entrevistaremos con el comisario jefe del Sovnarkova{1}. Quizá asistamos a una reunión del Komintern{2}. Observo que me mira como no dando crédito a mis palabras.

—No es eso. Supuse que tan altos organismos le estaban vedados a una mujer que acaba de abandonar su residencia formativa.

—Normalmente, sí. Su caso es excepcional.

No hablamos más. Un automóvil negro se detuvo a la puerta del establecimiento, seguido de otro del mismo color. Nicolae Dascalul se levantó, tras abonar el importé de la consumición.

En el coche, seguidos a prudencial distancia por el otro vehículo, en el que iban los hombres de la escolta, atravesamos Tula. Mi corazón palpitaba de alegría. ¡Moscú! Siempre había deseado vivir en él.

Estábamos en primavera y a lo largo del recorrido los *campos presentaban ubérrimo aspecto.*

—¿Promete ser buena la cosecha, camarada Dascalul?

—Sí. Cuando estemos solos puede llamarme Nicolae.

—Y usted a mí, Olga.

—¿Le interesan los problemas agrarios?

—Es una de las asignaturas más fuertes. Obtuve buenas notas. La sicología del campesino es un tema apasionante.

—Peligroso para una mujer. A veces tienen razón, aunque no es posible dársela. La patria está por encima de individualismos.

—Creo lo mismo.

—Lo celebro por los dos. Mi vida, a partir de hoy, está unida a la suya. Si fracasamos, pereceremos.

No pregunté por qué.

Al llegar al puente sobre el río Oca, el chofer se detuvo a un lado de la carretera, cediendo el paso a los que nos custodiaban, quienes lo cruzaron primero que nosotros. No supe evitar una sonrisa, que Dascalul captó.

—¿Le parecen ridículas mis precauciones? Temo que no lleguemos a Moscú. X-27 tratará de impedírnoslo.

Era la primera vez que oía semejante cifra. Me mordí los labios, pero no le interrogué, lo que pareció agradarle.

Continuamos el viaje. A la entrada de Supurkov nos colocamos entre dos camiones del ejército repletos de soldados, que nos custodiaron hasta las afueras de la población. En Podolske repitióse la maniobra y de nuevo quedamos solos con la escolta.

Fingí no reparar en las furtivas miradas de Nicolae. Esperaba que él rompiera el silencio. No me equivoqué.

—Tengo que felicitarla, Olga. Haré constar a nuestros jefes su comportamiento.

—No hice nada de particular.

—Ninguna mujer hubiera resistido tanto.

Aparenté ignorancia:

—¿Resistir?

—Sí. ¿No siente curiosidad? ¿Quisiera conocer algo sobre X-27?

—Si lo considera necesario para el feliz éxito de mí trabajo, le oiré con gusto.

—En dos ocasiones hemos recibido anónimos firmados con tal cifra. Es un agente del espionaje extranjero. Es posible que pertenezca al Central Intelligence Agency o al *Intelligence Service*. Se recrea en enfrentarse a los mejores sabuesos de la N.K.V.D. Deduzco que debe ser un americano que

juega la más peligrosa de las aventuras.

—¿Conoce nuestro viaje?

—Sí. Al pedir el coche al Comité Regional me dijeron haber recibido un aviso de X-27 asegurando que no llegaríamos a la capital. De ahí tan enormes prevenciones. La carretera está vigilada por miembros de la N.K.V.D., disfrazados de campesinos.

—¿Falta mucho por recorrer?

—No. Pronto pasaremos el Moscova.

Como la vez anterior, iniciaron primero el cruce los hombres de la escolta a moderada marcha. Grité estremecida. Una gigantesca llamarada envolvió el puente al tiempo que una explosión nos ensordecía. El automóvil negro se precipitó en el agua, medio destrozado.

Saltaron astillados los cristales de nuestro automóvil.

—¡Atrás…! ¡Al campo! —mandó Dascalul.

El chofer, en una rápida maniobra, viró y despreciando la carretera, se internó por un camino vecinal. Nicolae, que empuñaba una pistola, vigilaba por la ventanilla posterior. No había nadie en las inmediaciones. El conductor, con una mirada, le pidió órdenes.

—Continúa. Pasaremos el río por el puente militar del arrabal del este.

—¿Le parecen aún excesivos mis temores?

—No —repuse, sin sonreír.

—Poco ha faltado para que X-27 cumpla su amenaza. ¡Tenemos que exterminarle!

No hablamos más hasta hallamos en una de las muchas oficinas que el Comisariado de Asuntos Exteriores tiene instaladas en Moscú. Nicolae me presentó a un individuo de rostro cetrino, de grandes ojeras y cejas muy juntas, el cual, tras examinarme con frialdad, dijo en tono levemente declamatorio:

—Olga Turgueniev, su ingreso en nuestra Policía es justa recompensa a sus esfuerzos. Se ha hecho acreedora a la confianza del Partido.

Mientras pronunciaba tales palabras me entregó un pequeño carnet con cuatro grandes letras en la portada: “N.K.V.D.”.

Estimé necio responder, limitándome a guardarme la documentación. Ahora me explicaba para qué el director de la residencia me ordenó pasar por el gabinete fotográfico.

Todo me pareció un sueño. Observé que tanto Descabal como el hombre de rostro cetrino esperaban que hablase.

—Procuraré cumplir con mi deber.

—Lo sabemos. Nicolae será su jefe directo. Tenga, le hará falta.

Me tendió una pistola “Skoda”, de patente checoeslovaca, que oculté en mi bolso de mano. Como continuara en pie, el desconocido me invitó:

—Siéntese.

Le obedecí. Entonces supe con detalle el problema que apasionaba a la

N.K.V.D. Un agente secreto había llegado a Moscú y operaba con éxito. Se creía, con marcado fundamento, que consiguió burlar la vigilancia del Ministerio de la Guerra, realizando un registro en los departamentos de los técnicos. Las cerraduras de los cajones se encontraron forzados una mañana.

—Y lo más grave, camarada Turgueniev, es que ha intentado abrir la caja fuerte, destruyendo planos que costaron muchas vidas conseguir en Londres.

—¿No se hicieren copias?

—Se consideró peligroso. Con el original bastaba.

—¿No hay cómplices?

—Nadie, a excepción del jefe, posee la clave. El Politburó nos ha conminado para que capturemos a X-27. ¿Quién es ese hombre? He ahí su cometido.

—¿Por dónde he de empezar? —inquirí.

—Se alojará en el “Metropol”. El espía no reside en la Embajada. Carecería de libertad de acción. Ese hotel es el único en el que se autoriza la permanencia de extranjeros.

—¿No pueden alojarse en otros sitios?

—No. Necesitaríamos de todos nuestros agentes para controlarlos. Se hospedará allí. Nicolae lo hará en distinta habitación. Lo demás depende de ustedes.

Reflexioné. Íbamos a investigar a ciegas, a enfrentarnos con un hombre excepcional capaz de burlarse del bien montado servicio policíaco soviético. Manifesté en voz alta mis impresiones con plena sinceridad. Aquello pareció disgustar al que me entregó el carnet de miembro de la N.K.V.D.

—Me siento responsable —dije— y analizo los pros y los contras de la aventura que vamos a emprender. Considero derrotista el pesimismo y estúpido el optimismo. Preciso más datos.

—Dascalul se los facilitará. Él le entregará dinero para que viva con lujo. Conviene que se manifieste, con prudencia, partidaria de Tito, para que quien la escuche la crea enemiga del régimen.

—Me repugna tal farsa.

—Pero es necesaria. Nada más.

El que yo suponía uno de los jefes de la N.K.V.D. se incorporó, dando por terminada la entrevista. Hizo una última advertencia:

—Bajo ningún pretexto debe volver a esta oficina. Nicolae será el enlace entre usted y yo.

Una vez en el exterior, mi compañero y jefe me advirtió:

—El fracaso quizá nos valga ir a Siberia. Debe equiparse. La acompañaré a los principales comercios. Las maletas las enviaremos al “Metropol”. Invertiremos lo que resta de tarde y parte de la noche en

recorrer la ciudad.

—¿Por qué no comenzamos enseguida el trabajo?

—He de instruirla en esos detalles que solicitaba.

Nicolae me eligió los trajes, uno de los cuales llevo ahora puesto.

Finalizados los preparativos, en el automóvil, conducido por el mudo chofer que nos trajo desde Tula, recorrimos el boulevard Prechistenski, en el que se encuentra la Academia Militar; la plaza de la Lubyanskava, centro comercial de la población; el Cementerio Armenio, en Pryesnenskaya; el antiguo Monasterio de Chudov, transformado en Museo; la estación del ferrocarril Tverskayzastava; el paseo de Peterburgskoe Chaussee, que divide el Parque Petrovski y el Campo de Maniobras, y por último, la Plaza Roja y las murallas del Kremlin, apeándonos en el mausoleo de Lenin, de espaldas a la Catedral de Vesili, convertida en Biblioteca.

Nicolae Dascalul no cesaba de informarme:

—En la capilla de la izquierda se hallaba la Virgen Ibérica, y más allá se alzan las Tumbas de los Hermanos, monumento a los héroes de la revolución de 1917. Hemos hecho un recorrido turístico-político.

—Así es, camarada —respondí—. ¿Va contra la disciplina decir que tengo apetito?

Era la primera vez que ironizaba. Mi aplomo aumentaba por segundos. El carnet de miembro del Comisariado de Asuntos Exteriores influía en mi carácter.

—No. Iremos a cenar a Kitai Gorod, barrio en el que residen las Comisarías, oficinas del Gobierno y grandes sociedades. ¡Ah! Tome mil rublos Cabe la posibilidad de que nos separemos.

Guardé, emocionada, los billetes, que me garantizaban una futura libertad de acción…

Viví una semana en el "Metropol", frecuentando el trato de mis compañeros de hospedaje, gente amable que admiraba mi belleza. ¿Le canso, Howland?

—No. Continúe.

—Procuraré resumir la historia. Una noche…"

CAPÍTULO III

La brusca entrada de Dascalul en mi cuarto, me hizo comprender que algo grave ocurría. Su semblante, alterado por la excitación, fue más elocuente que un extenso discurso.

—Celebro que esté vestida. ¡Sígame!

Llevaba un traje de tarde gris con adornos en rojo. Cogí el bolso de mano en el que guardaba el dinero, la documentación y la pistola y salí de la estancia, cerrando a mí espalda.

Conforme caminábamos por el largo pasillo que enlazaba con la escalera, pregunte:

—¿Algo grave?

—Sí. Use el ascensor. Fuera nos aguarda el coche. No es conveniente que nos vean juntos.

Así lo hice. Él no tardó en reunírseme. Dos minutos más tarde nos alejábamos del "Metropol". Nicolae, luego de comprobar que el cristal que separaba nuestra cabina de la del conductor se hallaba corrido, dijo:

—Se ha controlado una emisora clandestina en la calle Rozhdesvenka.

—¿Utilizada por…?

—Eso es lo que nos corresponde averiguar. El edificio ha sido tomado militarmente. Quizá encontremos huellas.

El lugar indicado por Dascalul hervía de soldados. Mi compañero mostró su carnet a un oficial y entramos en una habitación del piso primero. La estancia carecía de ventanas y se entraba a ella por un vestíbulo que comunicaba con la puerta. Al fondo, sobre una mesa, un emisor-receptor de onda corta. El individuo de las cejas juntas que me entregó mi documentación de miembro de la N.K.V.D. nos miró con severidad.

—Tardaron demasiado.

Nicolae no contestó, limitándose a sacar su pitillera.

—Fume, Olga. Debe ir acostumbrándose. Un cigarrillo es, a veces, imprescindible para entablar un diálogo.

Acepté. El tabaco era suave y apenas si me produjo tos. En mi habitación del hotel hice pruebas para no desentonar entre las extranjeras. Dascalul, encarándose con el que nos contemplaba irritado, comentó:

—No comprendo su actitud, comisario Gromov. Si fracasamos no es nuestra la culpa. No puede acusársenos de traición o ineficacia. Habría que hacerlo con la N.K.V.D. en pleno.

Estábamos los tres solos. En mi cerebro se agigantaba un nombre y un apellido. ¡Alex! Gromov! Tantas cosas oí referir de aquel ser

extraordinario, que le contemplaba con admiración. Era uno de los subjefes del Comisariado de Asuntos Exteriores y a su sola presencia hasta los más poderosos palidecían.

Por un momento creí que Gromov iba a replicar con violencia. Se contuvo.

—Prescindamos de inútiles comentarios. Ese hombre, como siempre, no ha dejado rastro. Le buscaremos por procedimientos indirectos. Hay un complot contra la seguridad del régimen. Nos interesa capturar al jefe. Un miembro de la N.K.V.D., que hemos infiltrado, procurará que la admitan, Olga. Lo demás corre de nuestra cuenta. Permanezca en el hotel hasta recibir a quién lleve la otra mitad de este billete.

Me entregó medio rublo. Inquirí:

—¿Más órdenes?

—No. Dascalul la protegerá. A él debe comunicarle lo que sepa.

Pasaron cuatro días durante los que, en unión de un desconocido y discretamente ataviada, visité los más sórdidos tugurios de los “shanghais” que rodean la ciudad, iniciando amistades con campesinos, obreros y descargadores. Al fin, obtuve el premio a mí constancia.

—Será mañana a la noche.

Yo no ignoraba la personalidad policíaca del que se fingía enemigo de la dictadura roja. El complot era propio de desesperados. Asesinar a la más alta jerarquía del Partido.

En le hotel conversé con Nicolae.

—¿Cómo las autoridades han sido tan negligentes? Es indudable que la sublevación lleva meses preparándose.

Dascalul sonrió.

—Está controlada desde el primer día. Solo nos falta la captura del jefe en Moscú, y vamos a conseguirlo mañana. Enhorabuena, camarada Olga. Al Partido le interesa un pretexto.

No era la primera vez que oía hablar de tales sistemas. Nunca les concedí crédito. Ahora me pareció increíble.

—Si son traidores, ¿para qué ese pretexto?

—Resulta más aleccionador. Algunos son viejos revolucionarios. No se les puede ajusticiar por meras sospechas.

Mi asombro crecía por momentos.

—¿No hay pruebas contra ellos? No lo entiendo.

—Es natural —repuso con una sonrisa—. En la residencia formativa no se os habla de política interior. Son muchos los millones de habitantes y es preciso someterlos. Desde 1917, en que se implantó el gobierno del proletariado, para evitar el hambre y obtener ayuda del extranjero, han sido precisas muchas rectificaciones ideológicas con gran disgusto de los que aborrecen al capitalismo, con el que nos vemos obligados a pactar. Los más fieles se convierten en enemigos y hay que eliminarlos para que la

expansión territorial y económica de Rusia continúe.

Sus palabras no eran convincentes. Para probarle, comenté:

—Nadie, entonces, vive seguro en la Unión Soviética. Hoy formamos parte de un criterio político. Si este variara tal vez nos considerasen desafectos. ¿No será que hay hombres que actúan a título particular, desconectados del gobierno y para servir sus propios intereses?

Había puesto el dedo en la llaga. Dascalul, acomodándose más en el diván del vestíbulo que comunicaba con mi alcoba, me aconsejó:

—No intente calar demasiado pronto en la verdad. Suele ser peligroso. La palabra camarada es puramente formulista. El tuteo ha desaparecido. Es preciso guardar las distancias entre los superiores y los inferiores. Nosotros, los que vivimos intensamente en la U.R.S.S., conocemos una verdad que no es conveniente propalar. A ninguno de los dos nos interesa ser tan sinceras. Deme detalles de los conspiradores.

Lo hice procurando no olvidar ninguno.

—La reunión será a las doce, en la taberna de Grachev.

—Acuda a la cita. Yo tampoco faltaré…

Las horas transcurrieron rápidamente, demasiado para mis deseos. Era tan brusco el contraste del idealismo que me infundieron los profesores a la turbia realidad, que me hallaba desorientada.

Me dormí y las pesadillas comenzaron a torturarme. En ellas veía el rostro del hombre que me persiguió en mis sueños del internado.

Desperté angustiada. Eran las diez y media de la mañana. Una ducha fría me reanimó. ¿Qué hacer hasta la hora de la cita? Iría al parque Petrovski, regresando al hotel a comer por si hubiese noticias de Nicolae.

Durante el largo paseo me asaltó una idea. ¿Quiénes eran mis padres? No supe responderme. En dos ocasiones le formulé tal pregunta al director de la residencia, obteniendo idéntica respuesta:

—No te preocupes por ellos.

Paseé por las umbrías avenidas, en torno al estanque. Un individuo llevaba mí mismo camino. Al reparar que le miraba se cubrió el rostro con un ejemplar de “Pravda”. No dejó de seguirme, sentándose en una mesa contigua en el hotel. ¿Quién sería? A la noche iba a saberlo.

Invertí la tarde, siempre vigilada por el desconocido, en visitar varias tiendas y el teatro Vakntangov, donde actuaba una compañía de ballet.

A las nueve y media regresé al “Metropol”. Tampoco había noticias de Dascalul.

Cené sin apetito, retirándome luego a mis habitaciones. Deseaba verme libre de la persecución de aquel hombre.

A las once en punto me dirigí al “Shanghái” del norte, penetrando en un tugurio instalado en un semisótano. Sin vacilar, alcé una cortina que comunicaba con un pasillo en el que había varias puertas. Llamé en una, que me fue franqueada por el confidente de la N.K.V.D. infiltrado entre los

miembros del complot.

—Llega con quince minutos de adelanto. Pase.

Me senté en torno a una mesa, en la que dos hombres bebían vodka. Guardamos silencio hasta que, lejos, el reloj de una torre desgranó, lentas, doce campanadas. Nos miramos. Oyéronse pasos en el exterior.

Un individuo alto, de unos cincuenta años y rostro prematuramente envejecido, apareció en el umbral. Me tendió su diestra:

—¿Olga Turgueniev?

—Yo soy.

No pude evitar un gesto de estupor, de pánico. Acábaba de reconocer al hombre que se me presentaba en mis sueños. En la frente tenía una profunda cicatriz.

Me había incorporado. El que llegaba dijo:

—Sentémonos. Sé que arriesgo mucho presentándome a ti, pero te necesito. Llevo dos meses sin presidir reuniones. El momento de actuar ha llegado. ¿No serás una traidora?

El confidente de la N.K.V.D. por cuyo conducto me infiltré en la organización, se apresuró a exclamar:

—Yo respondo de ella. Durante más de un año te he sido fiel.

—A mí no. Es la primera vez que nos vemos. A tu jefe de grupo. Mi plan es el siguiente…

Me tuteaba. Yo le imité:

—Te escucho.

—Cuando el hombre que nos interesa abandona el Kremlin, diez coches idénticos salen a la vez con las cortinillas echadas. Nadie, ni siquiera los chóferes, conocen dónde va el secretario general del Partido. Uno de los conductores le odia y se ofrece como víctima. Afirma que cuando su automóvil sea ocupado por el que aborrece, le hará saltar con una potente carga de dinamita.

—¿Qué es lo que tengo que hacer yo?

—Pasarle los explosivos fingiéndote su novia o su amante. Solo una mujer es capaz de hacerlo, sobre todo si es joven y bonita. Has de visitarle, a partir de mañana, en los garajes del Kremlin, para que se acostumbren a verte los centinelas. Siempre que vayas le llevaras un paquete con dulces. Te lo registrarán las primeras veces; después se habituarán.

—Comprendo.

—Los paquetes te los llevaremos al punto que indiques. Tú misma no sabrás qué día llevas los explosivos. Así no te traicionarán los nervios. ¿Quieres dinero?

Dascalul me había aleccionado bien.

—No me vendo por unos rublos. Mataron a mis padres.

Mi respuesta agradó al que permanecía en pie.

—Me robaron mi única hija. Mi mujer murió de pena. ¿Dónde resides?

No llegué a responder. La puerta se abrió bruscamente y tres hombres, portando ametralladoras de mano, nos encañonaron.

—¡Quietos! Entréguense a las autoridades.

Era suicida la resistencia, pero la intentaron. La muerte era mejor que los interrogatorios en las *chekas*. No hubo un solo tiro. Los agentes se arrojaron sobre los conspiradores, reduciéndolos a la impotencia. Nicolae, que los mandaba, advirtió:

—¡No hagáis daño a la mujer!

El hombre al que había traicionado me escupió en la cara, al tiempo que exclamaba:

—¡Miserable! Dios te pedirá cuentas. Yo te maldigo…

Me sentí avergonzada.

Siempre ignoraré lo que ocurrió en derredor mío y el tiempo transcurrido. Noté que me cogían del brazo. Era Dascalul.

—Venga conmigo. La acompañaré al hotel.

Obedecí como una autómata. En el coche, Nicolae dijo:

—Ya se irá habituando. Alexi Gromov está satisfecho. Mañana iremos a verle. Ahora debe descansar.

Una vez sola en mi habitación del “Metropol” tardé en quedarme dormida. Me despertó el timbre del teléfono. Descolgué el auricular.

—Olga —me dijeron desde el otro lado del hilo—, la espero en el *hall.* ¿No sabe la hora qué es?

—No. Mi reloj se paró a las cinco de la madrugada —repuse, mirando mi cronómetro.

—Han transcurrido cinco horas desde entonces. Alexi Gromov desea vernos. Dese prisa.

—Lo intentaré.

Me cambié de vestido, refrescándome las sienes y los pulsos.

Veinte minutos después me reunía con Dascalul. La sonrisa satisfecha de mi jefe directo me hizo comprender que se hallaba de buen humor.

—¿Ha desayunado?

Le respondí que no con el gesto.

—Yo tampoco. Hagámoslo.

Tomamos un vaso de café con leche y pan con mantequilla. Luego, en el automóvil negro, nos trasladamos a un severo edificio situado a pocos metros de la Plaza Roja. En la puerta montaban la guardia dos centinelas que saludaron a Nicolae militarmente. Más tarde supe que tenía el grado de comandante del Ejército.

Por pasillos y antecámaras, sin ser molestadas, alcanzamos un antedespacho. Un hombre se incorporó al vernos, desapareciendo por una puerta contigua. No tardó en volver y autorizarnos:

—Pasen.

Alexi Gromov nos recibió con afabilidad. Retuvo mi mano entre las

suyas.

—Buen trabajo el de anoche, camarada. Cuando se endurezca y se habitúe a “todo”, será mi mejor colaboradora. Repetirá delante del prisionero las palabras que este le dijo antes de que interviniéramos. Se niega a confesar. Quizá usted le haga perder el aplomo.

De nada servía negarse y accedí. Condujeron al detenido a mí presencia. Sin mirarle repetí su proposición. Mientras hablaba cobré valor. Palidecí. El rostro del preso estaba surcado de moraduras.

—Lo tiene merecido, Olga. Si firma el papel que hay en mi mesa será juzgado por un tribunal. Si se niega… Bueno, lo que ha padecido es solo el principio. No nos interesa el nombre del chofer, que es un agente nuestro. Este imbécil y otros de su calaña creyeron posible un complot en Rusia.

El detenido, con un gesto despectivo, habló:

—Solo me quitaréis una vida. No denunciaré a los que conmigo conspiraban. Menos aún acusaré a seres inocentes. Me robasteis mi hija. Quizá sea ahora una fanática como la que ayudó a mí captura.

—¿Cómo se llamaba? —interrogué, con trágico presentimiento.

—Olga Turgueniev.

—¡No…! ¡No! —grité, retrocediendo.

Sentí que me cogían fuertemente del brazo. Nicolae susurró a mí oído:

—¡Silencio!

El prisionero no se dio cuenta de mi reacción, pues Alexi Gromov se acercó a él. Un soldado, que presenciaba la escena impasible, se aproximó al escuchar una orden, seca como un trallazo:

—¡Llévatelo!

Como hipnotizada le vi partir. En ese instante una luz se hizo en mi cerebro y en mi corazón. Le vengaría. Me rehíce. En un par de semanas recibí terribles lecciones.

—Por favor, un cigarrillo. Por un momento he sido débil. Atribúyalo a la sorpresa.

El comisario, que me escuchaba atento, dijo:

—Le concederé unos días de descanso. Los necesita.

—¿No he de seguir investigando el paradero de X-27?

—No está en Moscú. Quizá se le pueda localizar en Berlín. Le seguíamos tan de cerca, que optó por huir. Nuestros agentes de Alemania trabajan para detenerle. ¿Le importaría viajar?

—No.

—¿Y casarse?

—Soltera seré más eficaz.

—Me refiero a unirse políticamente a uno de nuestros mejores miembros del servicio de espionaje. Precisa un auxiliar en París.

Me estremecí.

—Haré lo que se me mande.

—Lo sé. Retírese. He de cambiar impresiones con Nicolae.

Me despedí de los dos hombres. Nada tenía que reprocharles. Era como ellos. Ya en la puerta oí a Gromov:

—La paternidad de ese hombre es una inesperada complicación.

No llegué a cerrar. Regresé junto a los jefes de la N.K.V.D.

—Olvidaba algo. Ayer me siguieron.

—Creí conveniente protegerla. ¿Nada más?

Era una clara despedida y no me la hice repetir.

Conforme descendía por las anchas escaleras de mármol que comunicaban con el exterior, una angustia infinita me dominaba. Las ideas se precipitaban en mi cerebro, tumultuosamente. El complot había sido organizado por la N.K.V.D. ¡Alexi juzgaba solo una complicación el que una hija entregara a su padre a la muerte! ¡Casarme! Un eslabón más en mi cadena de esclavitud.

Crucé el Moscova por el puente Kruimski, y por las avenidas Zubovsk, Tzaritzinskaya y Khonda, dejando a un lado el Museo de Bellas Artes, penetré en los jardines de Julio Alejandro y, sentándome en uno de los bancos, me abstraje.

Renuncio a expresar mis pensamientos. ¡Tan confusos eran!

Tarde cuatro días en ver a Nicolae. Sus primeras palabras fueron:

—El hombre al que detuvimos ha firmado la declaración.

Estaba preparada. Repuse con indiferencia:

—Me alegro por él. ¿Le han… ejecutado?

—No. Irá a Siberia. Los muertos no sirven para nada.

Noté fijas en mis pupilas las de Dascalul, pero mi alma se hallaba acorazada al dolor.

—Asunto terminado —dije—. ¿Qué hay de mi boda?

—Se efectuará en breve. Guarde el impreso de su certificado de matrimonio. Solo faltan las firmas.

Me entregó un doblado papel. Leí el nombre del que iba a ser mi marido: Doc Butenko…

⋆ ⋆ ⋆

—¡Doc! —exclamé.

—Sí. Le aborrezco sin conocerle. ¡Lléveme a los Estados Unidos!

Medité. Aún me hallaba de servicio. No era George Howland, un estadounidense, sino un número, una cifra en el Servicio Secreto.

—Prometo ayudarla… ¡en París!

—¡Será tarde!

—No, Olga. Su relato me ha conmovido. Retenga estas señas en su memoria: Boulevard Saint Marcel, 32, piso segundo izquierda. Allí podrá encontrarme. Ahora márchese y olvide que existo. La mutua seguridad depende de su discreción.

—Pero…

—Va a amanecer. ¡Apresúrese!

Junto a la puerta nos miramos un instante. Ella acercó sus labios a los míos. No los besé. No hubiera sido dueño de mi voluntad.

—Hasta luego, George.

—Adiós, Boulevard Saint Marcel, 32.

—Iré a verle.

No había nadie en el pasillo. Respiré al ver entrar en su alcoba a Olga Turgueniev…

CAPÍTULO IV

No me sorprendieron las palabras del jefe de estación al anunciamos que no había sido posible apartar los vagones que obstaculizaban el camino de hierro. Nicolae Dascalul que, con Olga, se hallaba a mí lado, comentó:

—No me disgusta pasar un día más en Dessau. Es una ciudad encantadora. ¿Y a usted, señor Howland?

—A mí sí. He de estar en París lo antes posible. Tomaré un coche.

—Los taxis tienen prohibido abandonar la población. Créame, debe resignarse. A lo largo de una vida nada significan unas horas.

—Pueden ser las de la muerte. ¿Quiénes son aquellos dos hombres?

—Policías. No tuve más remedio, en cumplimiento de mi deber, que denunciar el atentado de que le hicieron objeto. Se les ha encargado velar por usted. El asesinato de un diplomático provocaría incidentes desagradables que hemos de evitar.

Me mordí los labios. Era un procedimiento ingenioso para tenerme vigilado. Dispuesto a terminar con tales anomalías, me dirigí a uno da los individuos, rogándole:

—Lléveme a presencia de su jefe. Necesito hablar con él.

Dascalul, que me oyó, dijo:

—Iremos con usted. Si consigue medios de transporte, ¿le importará que le acompañemos? Aunque me resigno a permanecer en Dessau, también me urge encontrarme en París.

Fui a replicar con violencia, pero una mirada de Olga Turgueniev me contuvo.

—Por mí no hay inconveniente.

Anduvimos por la antigua calle de Bismarck, ahora de la Revolución, pasando frente al que fue palacio del príncipe Eduardo y al de la Dieta, y por Friedrichstrasse llegamos a un severo edificio custodiado por centinelas y circundado por una verja de hierro. Los agentes que nos precedían entraron los primeros. Les seguimos a través de un dédalo de corredores.

—Esperen aquí.

Minutos más tarda nos hallábamos ante un hombre bajo y regordete, de aspecto bonachón.

—Siéntense, señores. Soy el inspector jefe de policía de Dessau. Lamento que se marche de la ciudad con un mal recuerdo, señor Howland. El señor Dascalul estuvo anoche a visitarme. He tomado precauciones para que el hecho no se repita.

—Gracias. Vengo a solicitar un favor de usted.

—Cuente con él si está en mi mano concedérselo.

—Nada más sencillo. Disponga que un coche oficial me traslade a Halle o a Leipzig, donde tomaré cualquier tren. Mi servicio diplomático me exige un rápido desplazamiento.

El funcionario soviético, de apariencia bonachona, movió la cabeza con expresión de disgusto.

—Me es imposible complacerle. Los inspectores de las brigadas especiales me han anunciado que en breve capturarán a los que intentaron matarle. Es mi propósito enterarme de las causas que les impulsaron a atentar contra usted. Confío en que hoy o mañana quede resuelto el caso. Mientras tanto, considérese huésped del Gobierno.

Conforme hablaba, mi indignación iba en aumento. Procurando dominarme, pregunté:

—¿Soy un prisionero?

—¡Por favor! Nada de eso. Si me he expresado mal, le presento mis excusas. Gozaré de plena libertad… en Dessau. Mañana o pasado, resuelto el problema, le acompañaré a la estación para desearle un feliz viaje.

—¿A qué problema se refiere?

—Muy sencillo. Tengo la certeza de que un grupo de espías ha llegado a la ciudad con el ánimo de provocar incidentes. Usted fue la primera víctima. Por su carácter de diplomático nos hubiera creado serios disgustos.

Comencé a respetar la inteligencia de mi interlocutor Bajo su aspecto de bonachón se ocultaba una firmeza in quebrantable. Nicolae y Olga guardaban silencio.

—Definamos su posición —dije—. ¿Me comunica la orden de no abandonar Dessau?

—No es eso lo que quise decir. Me limito a no proporcionarle medios extraordinarios por temor a que lo acribillen a balazos en la carretera. Por medios ordinarios, márchese si puede, bajo su responsabilidad. El ferrocarril está interceptado. Si mañana funciona, yo le reclamaré para que identifique a los que quisieron asesinarle.

—Me quejaré al Consulado de mi país.

—Hágalo… en Leipzig o en Berlín. Aquí no le será posible. No confunda la policía con la diplomacia. Estoy dispuesto a darle toda clase de explicaciones. No es mi propósito irrogarle perjuicio alguno. Caballero…

Se incorporó, dando por terminada la entrevista. Exclamé:

—¡No necesito escolta!

—Si le molesta, diré a mis hombres que le vigilen de lejos. Sé cuál es mi deber.

Extendió su mano en un ademán de despedida. No se la estreché,

limitándome a hacer una leve reverencia. Al llegar a la puerta, insistí:

—Soy su huésped y disfruto de libertad para hacer lo que me acomode, ¿no es así?

—En efecto, siempre que cumpla las leyes.

—Eso me basta. Confío en que no volvamos a vernos.

Dascalul y Olga me siguieron. Una vez en la calle, me detuve.

—No quisiera que me considerasen descortés. Me agradaría separarme de ustedes. He de hacer visitas, gestiones… ¿Les importa?

Nicolás replicó:

—AI contrario. Creí hacerle un favor. Suerte.

—Adiós.

Me alejé de los miembros de la N.K.V.D., procurando olvidar la tristeza que reflejaban las pupilas de Olga Turgueniev. ¡Pobre muchacha! ¿Qué sería de ella en el futuro? Quizá Dascalul no la autorizara a proseguir su viaje a París.

El instinto me decía que mi seguridad estaba amenazada. Tal vez pidieron informes a Moscú. Lo mejor era escapar. ¿Cómo?

Me acerqué a un taxista para preguntarle por una agencia de transportes por carretera, pero la seguridad de que el mismo chofer sería interrogado por los agentes que vigilaban me hizo desistir. Me separaban de la zona británica alrededor de ciento veinte kilómetros. ¡Imposible recorrerlos a pie! Una idea me hizo sonreír. ¡Si pudiera realizarla!

Invertí el resto de la jornada en recorrer la población, procurando que la noche me sorprendiera en el Jardín Federico, junto al río Mulde. Fumando un cigarrillo, esperé a que la oscuridad fuese absoluta y, consciente del riesgo de la aventura que iba a emprender, anduve por uno de los paseos, ocultándome tras un alto seto. Oía los pasos de mis seguidores.

—Debimos suponer algo semejante —comentó una voz.

—No ha podido ir lejos. En el peor de los casos, telefoneáremos al inspector para que destaque patrullas. Mira tú por la izquierda. Nicolae afirma que es peligroso.

No me sorprendió oír tal nombre. Me constaba que todo fue habilidosamente preparado por el jefe de Olga Turgueniev. Uno de los agentes se aproximaba al lugar en el que me escondía. Se paró a menos de dos metros, dándome la espalda. Salté sobre él con la mano derecha extendida. No pudo lanzar un grito de alarma. Mi golpe de jiu-jitsu le derribó sin sentido.

Le sostuve para que el cuerpo no hiciera ruido al caer, depositándole con cuidado en el césped. Era tiempo. El otro policía se acercaba. Confundiéndome con su compañero, me preguntó:

—¿Le viste?

Carraspeé, como si buscara una respuesta, para que avanzara unos

metros más. Entonces salté, alcanzándole en el mentón con un soberbio derechazo que le hizo tambalearse. No cayó, lo que demostraba ser hombre duro, avezado a la lucha. Confiando en sus fuerzas, no hizo ademán de empuñar su pistola. Me dijo, en ruso, mordiendo las palabras:

—¡Te daré una paliza, cochino americano, antes de encerrarte por atentado a la autoridad!

No podía dejarme pegar en la cara, a fin de poner en ejecución el plan concebido. Esquivé sus golpes como pude, encajándolos en los puños, con los que, en cerrada guardia, me protegía el rostro. Temeroso de que al ruido de la pelea acudiese el guarda de noche del parque, provoqué un fingido cuerpo a cuerpo para asirle por la cintura. Hundí mi barbilla en uno de sus costados, y de un brusco empellón le arrojé al suelo. No le di tiempo a reaccionar. Aprovechando un breve desconcierto de mi enemigo, mis manos cerradas cayeron como mazas sobre su cráneo. Escuché un débil gemido.

Me incorporé jadeando. Me parecía mentira que todos hubiese sido tan rápido, tan favorable.

Registré al primero de los hombres, no encontrando sino un carnet expedido por las autoridades de Dessau. No era bastante. El último en ofrecerme resistencia estaba muerto. Ahora más que nunca necesitaba huir. Hallé lo deseado: una credencial de la N.K.V.D.

Escondí el cadáver en un montón de hojas secas, junto al inconsciente compañero, al que até con su cinturón y el del cadáver. Hasta el amanecer podía considerarme seguro. Después… Adiviné la persecución, no de un diplomático, sino de un criminal. Me estremecí.

Con paso rápido abandoné el parque. En Karl Strasse encontré un coche. Monté en él, diciendo al conductor:

—A Halberstadt.

—Tenemos prohibido abandonar la población sin una orden de…

No continuó. Puse ante sus ojos el carnet de la temida organización.

—¡Si por su culpa escapa el que persigo, terminará sus días en Siberia!

La amenaza le hizo temblar.

—Le obedeceré.

—Es más sensato. Me hago responsable de lo que le suceda.

Mi tono de voz era tan seco que el individuo no se atrevió a oponerse. Quince minutos después avanzamos a gran velocidad. A quince millas de Dessau sentimos a nuestra espalda las sirenas de dos motocicletas. Palidecí y, preparando mi pistola, mandé al chofer:

—Deténgase.

Necesitaba de toda mi sangre fría. El vehículo se detuvo con un chirrido de frenos y segundos después dos hombres vestidos de cuero se apeaban de sus motos.

—Van a más marcha de la permitida. ¿Y la licencia para abandonar la

ciudad?

—¿Les basta mi documentación?

Les enseñé el carnet sin soltarlo.

—Permíteme, camarada.

Mientras lo tomaba en sus manos, el agente motorizado me enfocó el rostro con una linterna. ¡Estaba perdido! Al ir a abrir el carnet le pregunté:

—¿No ha visto un coche gris?

—Este es el primero que detenemos.

Examinó la fotografía y llevando su mano a la pistolera, me conminó:

—¡No es suyo! Baje del…

No terminó la frase ni desenfundó el arma. Mi pistola había vomitado por dos veces su mortífera carga. El que intentaba encañonarme se desplomó, con la cabeza atravesada por un balazo. El otro recibió el proyectil en el pecho. Me apeé, apoderándome de sus armas. Intuía que en adelante iba a tener que abrirme paso a tiros. Mi falsa documentación era capaz de engañar a un chofer, pero no a las autoridades soviéticas.

No pude incorporarme. Alguien cayó sobre mi espalda, derribándome. Sentí un golpe brutal en la nuca. Rodé a la izquierda, tratando de ponerme en pie. Un velo de sangre cubría mis ojos. Vi al conductor del taxi armado con la manivela, dispuesto a terminar con mi vida. Pude disparar. Después perdí el sentido.

No tardé en recobrarlo. El pensamiento de que los disparos atrajeran patrullas de soldados me hizo reaccionar. Metí los cadáveres en el coche, después de desnudar al motorista que más me igualaba en estatura, y en unos minutos estuve disfrazado. Llevé el automóvil a un bosquecillo de pinos, escondiéndolo. Hice lo mismo con una motocicleta, apoderándome de la otra.

En las afueras de Halberstadt frené junto a una patrulla de soldados al mando de un teniente. Les dije:

—Telefoneen a la Comandancia que ha salido de Dessau, rumbo a la frontera, un peligroso americano. Viaja en un automóvil gris. Ahora llegará mi compañero para ampliarles detalles.

Sin darles tiempo a responderme, reanudé la marcha. Al oficial no le extrañó que hablara el ruso con acento extranjero, pues eran numerosos los alemanes que habían aprendido tal idioma.

No es fácil pasar de una zona a otra. A medio kilómetro de la alambrada que separa el sector soviético del británico prescindí de la moto, y con todo género de precauciones, inclinado para ofrecer menos visibilidad, llegué al mismo límite. No ignoraba que los puestos estaban separados entre sí por menos de doscientos metros. Antes de arriesgarme a cruzar necesitaba conocer la posición del centinela.

Arrojé una piedra, que produjo un ruido seco. Una cabeza asomó tras unos matorrales, a corta distancia. Me quedé inmóvil. De haberme dejado

llevar por el impulso, no existiría. Una bala se hubiera clavado en mi espalda.

Repté silencioso, consciente del valor de los segundos.

Tardé más de diez minutos en situarme a la espalda del soldado. Cogiendo la pistola por el cañón, me lancé a él, golpeándole en la nuca. Instantes después me presentaba a un militar británico para decirle, gozoso:

—Llame a su oficial. Soy americano, evadido de la zona rusa.

—Espere. No me atrevo a mandarle solo. La frontera encierra demasiadas sorpresas.

Hizo sonar un silbato y a poco llegaron dos hombres, a quienes el inglés repitió mis palabras.

—Venga con nosotros.

Me recibió un capitán, al que mostré mi auténtica documentación, narrándole parte de mi odisea. Omití los cadáveres que dejaba a mí espalda, limitándome a asegurar que fueron grandes las dificultades.

—¿Qué desea ahora, señor Howland?

—Alejarme del sector soviético.

—Dentro de una hora parte un camión a Hannover. El viaje no será cómodo, pero…

—¡Acepto! ¿Me da un cigarrillo? En el cambio de ropa dejé olvidada la pitillera.

—Con mucho gusto. Pediré que le traigan de comer.

Camino de la ciudad de orillas del Leine, medité. Sin la formación adquirida en la Academia de Washington, no me hallaría con vida. La N.K.V.D. acababa de recibir una inolvidable lección.

Aquella noche dormí tranquilo por vez primera en muchos meses. Al levantarme, bien entrada la mañana, era un hombre nuevo, optimista. Visité al cónsul de los Estados Unidos, quien me invitó a comer en su domicilio particular. Como me observara preocupado, a los postres me dijo:

—¿Continúa intranquilo?

—No. Pensaba en Olga Turgueniev.

—¿Una rusa? ¿Quién es?

Había dicho más de lo que deseaba.

—Una amiga que no pudo seguirme. ¿Hay comunicación ferroviaria con Stuttgart?

—Sí. Desde allí, a través de la zona francesa, llegará a Francia. Y luego…

—A Londres y a San Francisco.

—Un hermoso viaje que deseo realizar yo también. En Alemania sobran complicaciones y responsabilidades.

Le sonreí con afecto. El cónsul era un virginiano de mal cumplidos

cuarenta años. Al despedirme, me deseó:

—Felices vacaciones…

CAPÍTULO V

París se me ofreció a mis ojos como una ciudad pletórica de vida, de placeres. Sin embargo, al día siguiente de mi llegada, la verdad mostróse desnuda en la plaza de Saint Michel, en la que los gendarmes hubieron de intervenir por la violencia para dispersar una manifestación extremista. La prensa de la noche facilitó un parte en el que consignaba quince heridos, dos de ellos graves.

Europa, infectada de anarquía, era un volcán en erupción.

Después de cenar en un típico restaurante de Montmartre, anduve por las orillas del Sena, hasta la plaza de la Concordia, atravesando el río por el puente del mismo nombre. Mi estado de ánimo no era el mejor para penetrar en un cabaret y decidí regresar a casa, para lo que tomé el Metro en la estación de los Inválidos hasta el boulevard de L'Hospital, casi esquina al de Saint Marcel, en cuyo número 32 habitaba.

¿Qué habría sido de Olga Turgueniev? ¿Se hallaba en París? Quizá Dascalul la obligó a regresar a Rusia.

¡Doc Butenko! ¿Cómo localizar a tal hombre? Estaba seguro de que era el jefe de una amplia red de espionaje soviético. Si pudiera desenmascararle, cumpliría dos deberes: El de eliminar un enemigo de la paz y el muy íntimo, que apenas si me atrevía a confesarme, de suprimir al que iba a ser esposo de Olga. La historia de la mujer, referida con acentos de indudable verdad, hizo nacer en mi alma un inefable sentimiento.

Ya en mi piso, alquilado por el Servicio Secreto, me desvestí, poniéndome un pijama y unas zapatillas. Sentado en el despacho, en uno de los butacones, encendí un cigarrillo.

Aplastaba la punta en el cenicero cuando llamaron a la puerta. Al ver a mí inesperado visitante comprendí que en un futuro mi seguridad dependería de mi prudencia.

—Buenas noches, señor Howland. ¿No me invita a entrar?

—Hágalo —repuse—, pero no olvide que no nos hallamos en Dessau. Aquí nosotros somos los más fuertes.

—Y tras el telón de acero también. Que se lo pregunten a los cuatro hombres que eliminó. ¿Fueron cuatro o más?

—No sé de qué me habla —contesté, sin dejar de mirar a mí interlocutor.

Desarmado me sentía intranquilo.

—Vengo a devolverle su pitillera. La encontré junto a los cadáveres de los dos motoristas. Aún contiene cigarrillos. ¿Me permite tomar uno?

Lo hizo. Me asombraba su desfachatez.

—¿Qué es lo que quiere? ¿Cómo averiguó mi domicilio?

—El objeto de mi visita es traerle lo que es suyo. ¿Sus señas? Me las facilitaron en la Embajada.

—¡No es cierto!

—Lo sé, más es la única respuesta que puedo darle. ¿No ha visto a Olga Turgueniev?

Me observaba atentamente. Mi contestación le satisfizo.

—Ignoro si está o no en París. ¿En qué hotel se hospeda?

—Tendrá que averiguarlo. No le faltan dotes. ¿Me permite un consejo? Siga a Londres.

La amenaza era clara. Me incorporé.

—¿No le soy grato al N.K.V.D.?

Mi sonrisa le desconcertó.

—¿Qué tiene que ver con nosotros el Comisariado de Asuntos Exteriores? He venido a Francia a descansar de años de fatigoso trabajo.

—Muy interesante. ¿Algo más?

Nicolae Dascalul se puso en pie.

—No. Si comete la torpeza de seguirme, le denunciaré a las autoridades. ¿Me estropeará mi plan de reposo?

—Depende de su sentido común. Mentiría si le dijese que me alegro de verle.

—Lo mismo me sucede a mí. El observatorio anuncia tormentas. Prevéngase contra los rayos.

—Moscú está lejos.

El inspector de la N.K.V.D. negó:

—No lo crea. El Partido radica en París, en Alemania, en Italia… Es posible que volvamos a vernos. Si es así, recuerde que le avisé.

Colmada mi paciencia, exclamé:

—Márchese. La próxima vez le recibiré como se merece, dándole una fenomenal paliza.

—Me atará antes, ¿no?

Abrió el pestillo y salió. En el rellano de la escalera me miró con ojos burlones.

—Londres es una ciudad deliciosa.

Lanzó una carcajada, desapareciendo de mí vista. ¡Olga Turgueniev en París! Si la encontrara, hallaría la pista de Doc. El Servicio Secreto americano estaba tolerado en Francia, pues su misión era evitar sabotajes en los envíos de víveres y material bélico con destino al ejército europeo. El *Deuxième Bureau* nos prestaba su máxima colaboración.

Lamenté que mis ropas no me permitieran seguir a Dascalul. ¿Cómo descubrió su juego? No comprendía su actitud. ¿Trató de asustarme? Resultaba inconcebible. ¿Acaso…? No. Fantaseaba.

Más por fórmula que por otra cosa, aparté el sillón en el que se sentara

el miembro de la N.K.V.D. Mi asombro llegó al máximo al descubrir dos tacones de zapatos. En un segundo se agolparon a mí mente las enseñanzas sobre explosivos y comprendí el procedimiento empleado. Aquellos recipientes, revestidos de una lámina de hierro, cubierta a su vez de goma, se adosaban al calzado, desprendiéndose a voluntad de su dueño. Dentro, sin duda, llevaría una diminuta máquina para estallar en el momento preciso y no por choque.

Consciente del peligro, cogí uno de los artefactos, examinándolo. ¡Si pudiera desmontarlo! No me atreví. Rápidamente entré en mi alcoba, liando en el colchón lo que suponía mortales artefactos. Marché al despacho. Me constaba que disponía de tiempo. Nicolae debió graduarlos para el caso de que su conversación se prolongara.

La muerte me rondaba. Dascalul supuso que cuando él me dejara quizá que quedase en un sillón pensando en el móvil de su visita.

Nervioso encendí un cigarro. Si el estallido se escuchaba en el exterior tendría que dar enojosas explicaciones a las autoridades. Transcurrieron cinco minutos, diez. ¿No se habría burlado de mí Nicolae? La idea me indignó tanto que…

El timbre del teléfono interrumpió mi soliloquio mental. Descolgué el auricular, escuchando la voz angustiada de Olga:

—¡Márchese, George…! ¡Váyase ahora, mismo!

—No se preocupe. He eliminado el peligro. Nicolae me ha dejado un recuerdo inofensivo.

—Son bombas de gran potencia. Destrozarán la habitación.

—Tomé precauciones. ¿Cómo podré verla, Olga? ¿Dónde?

—Dentro de dos horas, en el Bosque de Vincennes, en la entrada al Velódromo que da a la Avenida de Gravelle. ¡Procure que no le sigan! Si nos ven juntos me perderá.

—Tranquilícese. ¿Ha oído?

Se escuchó un temblor en el piso.

—Sí.

—Me ha deshecho la cama. En lo sucesivo tendré que acostarme en un diván. No vuelva a utilizar este teléfono. No me extrañaría que Nicolae intentase una derivación. Ya le diré dónde ha de avisarme. Hasta luego.

—Adiós. No falte.

Colgué, y me dirigí a mí alcoba. El colchón, desgarrado, ofrecía un triste aspecto. Oí golpes en la puerta y me dispuse a abrir.

—¿Le ha ocurrido algo? —me dijo un hombre mal cubierto con un batín—. Vivo en el piso inferior y…

—Ha estallado un infiernillo de alcohol, pero sin consecuencias. Gracias por su interés.

Su rostro se serenó.

—¿Es usted soltero?

—Sí.

—Son los inconvenientes de guisar. Celebro que no haya sido nada.

Cerré. Eché un cubo de agua sobre el colchón. Un olor desagradable y un humo espeso extendióse por la habitación. Abrí de par en par la ventana. Un hombre paseaba por la acera, en apariencia distraído. Me aparté tarde. Me había visto.

Decidido a afrontar la lucha, me puse un traje negro y una camisa oscura. Nada mejor para caminar en la noche por un lugar privado de iluminación como lo es el Bosque de Vincennes. ¿Por qué no pedir ayuda a la oficina local del Servicio Secreto? La idea me acarició unos minutos. Lo haría a la mañana siguiente, después de haber hablado con Olga.

Metí la pistola en la funda sobaquera, no sin introducir una bala en la recámara, y salí. Eran las once y media de la noche. Hasta la una nada tenía que hacer, a no ser desembarazarme del individuo que iba en pos de mí.

Temeroso de que me disparase por la espalda, mantuve una distancia desde la que fuera imposible hacer fuego con probabilidades de éxito.

Atravesé el puente D'Austerlitz, y por el boulevard de la Bastilla llegué al de Enrique IV, donde monté en un taxi.

—A la Sorbona.

Pude comprobar que otro vehículo nos seguía. Luego de un recorrido de quince minutos, me apeé en rue Saint Jacques, y bordeando el edificio científico, famoso en el mundo, por la rue de Médicis, alcancé las verjas de los jardines de Luxemburgo. No necesité esforzarme pera, por las filigranas en hierro de una de las puertas, saltar al interior. Anduve rápidamente por un paseo, escondiéndome tras un árbol. Iba a poner en práctica el mismo truco que en Dessau, solo que con la ventaja de hallarme en un país oficialmente amigo de los Estados Unidos. Supuse, y no sin razón, que mi perseguidor, creyendo que abandonaría el parque por cualquiera de las calles que le circundan, saltando la verja, se apresuraría a seguirme. Así fue. Una sombra avanzó cautelosamente. Observé que llevaba una automática en su mano derecha.

Le permití que llegara a mí altura y me coloqué a su espalda, hundiéndole el cañón de mi pistola en las costillas.

—¡No dé un paso más o disparo! ¡Suelte el arma!

Hablaba en voz que era un susurro, ignorando si habría algún guarda nocturno en los jardines. Fui obedecido. Sin más explicaciones le golpeé en la cabeza con la culata, haciéndole caer.

El registro no dio resultado. Hallé varios miles de francos, dos cargadores de repuesto y un "carnet" de periodista, probablemente falso, a nombre de René Dumesnil. De lo que no me cupo duda era de que el hombre había nacido en Francia. Quizá interrogándole descubriría el paradero de Doc. No lo consideré necesario. Olga Turgueniev bastaba.

Salí del parque sin ser visto de los pocos transeúntes que deambulaban por las inmediaciones del Luxemburgo. ¿Qué fue del París, “Ciudad Luz”, capital de un mundo frívolo y cosmopolita?

Calculé que la afluencia de turistas y gentes adineradas se hallaría en el típico barrio de Montmartre. Los parisinos de la clase media y obrera que antes paseaban por las orillas del Sena y las amplias avenidas, disgustados por la carestía de la vida y por la incertidumbre política, preferían quedarse en sus casas. Del París tan cantado por la literatura enfermiza nada quedaba. Hasta el “Folies-Bergère”, el popular *music-hall,* estaba influido de exóticas costumbres.

El boulevard Saint Michel, entre los de Dupalais y Rochereau, se hallaba casi desierto. Oí, lejana, una explosión. Quizá una bomba.

Evoqué con nostalgia lo que mi padre me refiriera de Montparnasse, barrio al que tan próximo me encontraba, refugio del arte y de las fáciles aventuras amorosas. Ahora, salvo en las tabernas, nidos de existencialistas —algo de lo que Francia no puede enorgullecerse—, las diversas calles, Pierre Nicole, Emile Richard, Gassendi, Campagne, Huyghens y tantas otras, ofrecían un triste aspecto. La palabra “colaboracionista”, años atrás, sembró de sangre la ciudad —muchas veces sangre inocente—, y los hombres y las mujeres que cantaron el amor y la alegría esperaban la revancha.

Crucé el Sena entre la Prefectura y la Catedral de Notre Dame. Al otro lado del río, norte de la ciudad, era mayor la afluencia de público, aunque no extraordinaria.

Me interné por estrechas callejas. Nadie me seguía.

Me sobraba tiempo y a pie me dirigí a Sois de Vincennes por la avenida Gravelle, que bordea el gran parque.

Llegué con diez minutos de antelación al lugar elegido por Olga, que, no obstante, ya se hallaba allí. Por el tono de su voz comprendí la angustia que la había dominado.

—¡George…!

Se abrazó a mí llorando, presa de fuerte crisis de nervios. La permití que se desahogara y cariñosamente, con mi brazo derecho sobre sus hombros, la alejé del Velódromo Municipal. Cruzamos la *route* de la Plaine no tardando en alcanzar el lago.

La ayudé a sentarse en un banco de piedra. Los estremecimientos de su cuerpo eran sustituidos por una congoja que se trocó en suspiros. Para serenarla le hablé cariñoso, tuteándola, como ella al recibirme.

—Te he echado de menos en París. La ciudad estaba vacía sin ti.

—Gracias, George. Eres muy bueno. ¡Dascalul no parará hasta matarte!

—Le será difícil y peligroso. No le daré oportunidad para que repita el atentado. Donde le vea…

La frase era harto elocuente para precisar de más palabras. La mujer,

oprimiendo uno de mis brazos, me advirtió:

—¡No atacará a pecho descubierto! ¡Lo hará a traición!

—No me descuidaré. ¿Más tranquila?

—Sí. He pasado momentos horribles. Me era imposible avisarte. ¡Doc tardó en marcharse de mi lado!

—¿Tu dueño? —ironicé.

—Lo será pasado mañana. Es la fecha concertada para el enlace, que se realizará en la Embajada soviética.

—¿Dónde te alojas?

—En el "Petit Palais". No vayas.

—Te obedeceré. ¿Insistes en conseguir la libertad?

Olga no contestó, inclinando la cabeza.

—Es difícil. He podido hoy verte porque Nicolae se marchó y Doc hizo lo mismo después. Me da la impresión de que se turnan en mi vigilancia.

—¿Qué pasó en Dessau?

—Nicolae, el enterarse de tu fuga, pareció volverse loco. Al policía que dejaste atado e inconsciente en el Jardín Federico y al soldado a quién golpeaste en la frontera los han enviado a Siberia. Después se fue calmando. Me dijo: "Ajustaremos cuentas en París". Proseguimos el viaje. Por él supe con certeza que los accidentes ferroviarios fueron un pretexto para detenerte. Sospechaba que eras miembro del espionaje extranjero. ¿Lo eres?

—Eso no importa, Olga. Lo esencial es que vas a ayudarme.

Ella se sobresaltó.

—¿A qué?

—A vengar a tu padre. ¿Le has olvidado?

Era necesaria tal crueldad. Me miró. En sus ojos brillaron dos lágrimas.

—Nada puedo hacer por él.

—Quizá más de lo que supones. De Siberia se vuelve.

Mi afirmación no era incierta. En la Península de Jalmal y tras los Urales se hallaban destacados varios miembros del Servicio Secreto que enviaban por radio a buques mercantes surtos en Nueva Zembla informes del estado de aquellas regiones y de la producción mísera. Quizá lograra interesar a mis jefes en el salvamento del padre de Olga Turgueniev. La muchacha aguardaba ansiosamente mis palabras, pero nada dije. La noche era hermosa y la luna filtraba sus rayos por entre las ramas de los árboles.

Escuchaba su agitada respiración y el roce de una de sus manos, que me abandonó, me proporcionaba un inexplicable placer. De nada servía engañarme. La amaba.

Dejándome llevar por el corazón, la besé apasionadamente. Ella se entregó a la caricia con ternura, brillantes las pupilas de felicidad. Al separar mis labios de los suyos exclamó:

—¡Lo ambicionaba tanto!

Por mí imaginación pasó, veloz, una sospecha.

—¿Me quieres, Olga, o ves en mí a tu salvador?

—¡George…! Son lógicos tus recelos… Mejor será que todo acabe.

Se puso en pie. La sombra de su cuerpo se alargó fantasmalmente. La detuve.

—Espera. No quise ofenderte. Has confesado pertenecer a la N.K.V.D. De tu historia solo era verosímil el acento de tu voz. ¡Te creo, Olga!

Como agente del Servicio Secreto me comportaba estúpidamente; como hombre, me dejaba llevar por los sentimientos.

Paseamos de nuevo por las umbrías avenidas. El bosque se hallaba solitario. A poca distancia de nosotros rugió un león, cantando saudades de la lejana selva. Ella se paró, inquieta.

—No te asustes. Está próximo el parque zoológico. Apuremos los minutos de felicidad que nos restan. Después hemos de hablar de Doc Butenko. ¡No te casarás con él! Si no pudiera impedirlo, debes huir. Te facilitare un pasaje para san Francisco. Mi padre te recibirá bien. Después me reuniría contigo. Nicolae no se equivocó. Pertenezco al espionaje americano y en Rusia presté servicios como tal. Por eso hui de Dessau. No me consideraba seguro.

—Comprendo. ¿Qué quieres saber?

—Las señas personales de Doc, su residencia y cuantos datos consideres útiles. Antes háblame de ti. ¿Gozas de la confianza de Nicolae?

—Ese hombre no se fía de nadie. Lleva tan aferrado en su alma el recelo, que si pudiera se haría vigilar él mismo. Es un fanático o un gran ambicioso. Más me inclino a lo último. La palabra *Vlast*{3} no cae de sus labios. Le he dado motivos de fidelidad.

—Eso basta. Considero que si pudiste salir del hotel sin que te siguieran es porque te suponen leal. Será más fácil tu labor en un futuro. ¿Nos sentamos?

—Prefiero caminar.

De nuevo imperó el silencio. Consulté mi reloj de pulsera.

—Pronto serán las dos. Concedámonos una tregua hasta esa hora y pensemos en nosotros, como si el mundo no existiera, como si fuésemos todos hijos de una patria común.

—Sí, George.

Enlazados por el talle, sintiendo latir unidos nuestros corazones, avanzamos despacio gozando de una paz falsa. Pese a mis esfuerzos, no podía apartar de mi mente el problema que me obsesionaba. Apenas me separase de Olga pediría ayuda a la oficina del Servicio Secreto.

¡Adiós el tan ansiado descanso! Para alejar tristes ideas le hablé de San Francisco de California, de sus parques maravillosos, de sus monumentales edificios, de su buen clima.

—Las plantas tropicales se desarrollan al aire libre aun en invierno, y

hay árboles gigantescos, de más de cien metros de alto. La influencia exótica de la ciudad se debe al gran comercio con las islas Hawái y el Asia oriental. A pocas millas de la población, al sur, se halla la bahía de Monterrey, y siguiendo la cadena montañosa de la costa, se llega a Los Ángeles, la meca de la cinematografía. Los pueblecillos del interior tienen una gran influencia europea, en especial española. ¿Te agradaría vivir allí para siempre?

—Sí. ¡Marchémonos esta noche, sin aguardar a más! Imaginemos que todo fue una pesadilla, que Doc y Nicolás no han existido.

—¡Si supieras lo que daría por complacerte! Llevo dos años de incertidumbre, con el temor de ser detenido o muerto. El día que pise la tierra de mi patria me va a parecer mentira. Nadie me obligó a ingresar en al Servicio Secreto. Lo hice a petición propia y formulé unos juramentos que no puedo traicionar ¡He de cumplir con mi deber!

Vi como Olga inclinaba la cabeza, abatida, sin encontrar argumentos para intentar disuadirme.

—Comprendo.

—Aceptemos las cosas como son. Es inútil sustraerse al destino.

—Quizá el mío sea casarme con Doc y regresar a Moscú.

—¡No lo toleraré!

Me enloquecía la idea de perderla. La cogí de los hombros, atrayéndola contra mi pecho. Ella gimió:

—Me haces daño.

—Perdona. No vuelvas a decirme eso.

La pausa fue larga. El león tornó a rugir y el sonido se perdió en las frondas. La luna llena ocultóse tras una nube, para surgir de nuevo con su cara redonda, con su sonrisa pálida. Los ojos de Olga Turgueniev brillaban con el rocío de mal contenidas lágrimas. Dije:

—Háblame de Doc…

CAPÍTULO VI

El rostro del que escuchaba en silencio era de los que no se olvidan. Los ojos pequeños y redondos y la frente ligeramente abombada contrastaban con la anchura del resto de las facciones. La boca grande, con gesto de crueldad, y la nariz aplastada, como la de un boxeador profesional, remataban el poco agradable conjunto. Frente a él, Nicolae Dascalul fumaba un cigarrillo.

A través de la abierta ventana, desde la escalera de incendios, pude escuchar lo que decían.

—Es extraño que René no haya comunicado con nosotros. El atentado debió fallar. ¿Tiene confianza en ese francés, Doc?

—Absoluta.

—Su enemigo es peligroso.

—Y él también. No se repetirá lo de Dessau, se lo aseguro. Le previne. No habrá caído en la trampa.

Dando mentís a sus palabras, amparado en las sombras, observé que la puerta se abría, apareciendo en el umbral el hombre al que golpeé en los Jardines de Luxemburgo. La sangre le manchaba el blanco cuello de la camisa. Butenko y Dascalul se incorporaron. El primero inquirió:

—¿Qué le ha sucedido, Dumesnil? ¿Se ha dejado burlar?

El aludido, apretándose la cabeza entre las manos, se desplomó en un sillón.

—Es muy dura la pregunta para contestarla lacónicamente.

—¡Se lo ordeno!

—Me atacó a…

—¡Calle! ¿Le burló?

—Sí.

René Dumesnil no se atrevió a sostener la colérica mirada de su jefe, quien tras una breve pausa, comenzó:

—Había respondido de su inteligencia y audacia al camarada inspector. Su fracaso es el mío. Estoy rodeado de inutilidades. ¡No me interrumpa! Habré de enviarle a Moscú para que se reponga.

René palideció. Nadie le obligaría a trasladarse a Rusia. Nicolae contemplaba al agente francés sin pronunciar palabra. La cólera de Doc iba en aumento y creyó oportuno intervenir.

—Escuchemos su historia. Quizá no sea responsable. George Howland es diabólico. Le admiro. Quisiera tener a mis órdenes muchos como él. No cayó en la trampa que le tendí.

Desde mi escondite agradecí el elogio. Enseguida rectifiqué. Nicolae

destacaba mi importancia para…

—Por eso es urgente su muerte. Hay que eliminarle. Es capaz de desbaratar nuestros planes. Doc, “inaplazablemente” —silabeó la palabra —, ha de decirme que George Howland ya no existe. Si no es así, habré de relevarle. Traigo plenos poderes.

—Me esforzaré en conseguirlo.

—Así lo espero. En cuanto a René… —el nombrado le miró con temor —, démosle otra oportunidad —larga pausa—. Es preferible cazar vivo al americano. Nos apuntaríamos un triunfo si pudiéramos facilitar al Politburó una relación de los agentes americanos en Rusia. Quizá localizáramos a X-27, que tanto nos ha preocupado.

—Destacaré a mis mejores hombres —prometió Doc—. Haré que cerquen su casa y que le apresen.

—Buena medida. Que no ataquen de frente.

—Trazaré un buen plan. ¿Qué tal los asuntos en Moscú?

Mientras los reunidos hablaban de la vida en Rusia medité acerca de mi futuro. Después de la conversación sostenida con Olga Turgueniev, en la que ella me refirió cuanto sabía, decidí capturar a Doc en un golpe de audacia.

El “Petit Palais” se alza entre la avenida de los Champs Elysées y Cours la Reine, separado por el jardín de la Place de la Concorde, en el lugar más céntrico de París. No me fue difícil penetrar en el edificio, y por uno de los patios, alcanzar la escalera de incendios que, según manifestación de Olga, pasaba ante las habitaciones de Butenko.

Presté atención al diálogo. Una pregunta de Doc me sobresaltó:

—¿Ha regresado Olga Turgueniev?

—Sí —repuso Nicolae—. La encontré en el bar tomando un combinado. Al parecer, siente curiosidad por conocer París de noche. Inquietud lógica en una mujer que acaba de abandonar un internado formativo, modelo de disciplina.

—¿Es útil?

—En la única misión que ha intervenido lo fue. La falta experiencia. No tardará en adquirirla.

—Mañana hablaré despacio con ella. Tiene mucho trabajo por delante.

—Lo realizará a la perfección.

Doc Butenko consultó su cronómetro y, poniéndose en pie, anunció:

—Pronto serán las cinco. Si no quiere nada, camarada Dascalul, me retiro a descansar. Tuve un día fatigoso.

—Yo haré lo mismo.

Al incorporarse, los tres hombres quedaron frente a la ventana. Escuché sus pasos al aproximarse y cómo cerraban la cristalera. No me moví hasta que se apagó la luz.

Con el máximo de precauciones llegué al exterior, dirigiéndome al

jardín de las Tullerías, inmediato al Museo del Louvre. Sentado en uno de los bancos, medité en la forma de desenmascarar a los miembros de la N.K.V.D. Solo había un camino y para culminarlo con éxito di a un chofer las señas de la oficina privada del Servicio Secreto americano…

⋆ ⋆ ⋆

Desayuné en un cafetín, a orillas del Sena, muy cerca de la Biblioteca del Arsenal, y regresé a mí domicilio.

Estaba rendido de cansancio y no tardé en dormirme en el diván. Desperté avanzada la tarde. Después de bañarme, sacié el hambre en un restaurante de la plaza de Italia. Luego de invertir el resto de la tarde en un cinematógrafo de sesión continua retorné a casa.

Once campanadas dadas por un reloj de torre me hicieron sonreír y trasladarme con la imaginación al “Petit Palais”. A aquella hora…

Dos hombres atravesaron el amplio *hall* en busca del *maître,* que conversaba con un camarero.

—¿Qué desean, señores?

—¿Reside aquí la señorita Olga Turgueniev?

—Sí. ¿Le anuncio por teléfono su visita?

—No es necesario. Acompáñenos a su cuarto.

El que hablaba mostró un carnet y el *maître* se apresuró a obedecerle.

Llamaron a la puerta y un hombre con cara de perro de presa salió a abrirles.

—¿Quiénes son ustedes?

—Agentes de la autoridad. ¿Su nombre?

—Doc Butenko.

—Muéstreme su pasaporte. ¿La señorita Turgueniev? —como el interrogado vacilara, el policía apremió—: De nada le servirá negar. Traemos orden de registro.

Doc, intuyendo que nada conseguiría oponiéndose, rogó:

—Pasen. Creo que a todos interesa que el asunto no trascienda.

—¿Imagina cuál es?

—Presumo que no se trata de nada agradable —replicó Butenko.

Olga, que había escuchado el diálogo, les recibió en pie. Mientras uno de los recién llegados examinaba la documentación de Doc, el otro iniciaba el interrogatorio a la mujer.

—¿Llegó a París procedente de la zona rusa de Alemania?

—En efecto.

—¿Acompañada de un hombre?

—Sí.

—¿El que está con usted?

—No.

—¿Familiar suyo?

—Un amigo de tren que quiso hospedarse en el mismo hotel que yo.

—¿Su nombre?

Por vez primera vacilo, mirando a Butenko.

—Responde la verdad, querida. Estos señores, sin duda, se han equivocado, Vamos a casarnos mañana. El viaje es puramente sentimental. El señor a que se refieren se llama Nicolae Dascalul. ¿Podemos saber de qué se nos acusa?

—A usted, de nada. A la señorita se lo dirá el comisario. Tenemos orden de detenerla. Nuestras atribuciones empiezan y terminan aquí.

—Pero… ¡es un atropello! Me quejaré a la Embajada de mi país. Somos ciudadanos soviéticos.

—Lo siento, señor —respondió, sin desconcertarse, el policía que inició el diálogo—. Proceda como le parezca conveniente. ¿Vamos, Pierre?

—Cuando quieras. Señorita, vaya con mi compañero. Yo les seguiré.

—Gracias —contestó Olga—. ¿Qué significa esto, Doc?

—Lo ignoro, pero no te preocupes. Te pondremos en libertad.

Butenko no pudo ver la sonrisa irónica que se dibujó en los labios de los representantes de la Ley.

Apenas Doc se quedó solo se dirigió a las habitaciones de Dascalul para informarle de lo ocurrido.

—¿Por qué no me avisó?

—También se interesaban por usted. Le preguntaron su nombre a Olga. Creo que el embajador podrá resolver el problema.

—En eso confío.

Nicolae se puso la americana y salió, seguido de Butenko. Detuvo un taxi.

—A la rue de Grenelle{4}. ¡Rápido!

Cruzaron el Sena por el puente de Solferino, y a través del boulevard de San Germain y del de Raspail, llegaron a la Embajada de la U.R.S.S. Desde el despacho de la suprema autoridad diplomática soviética en París iniciaron las investigaciones.

En Jefatura no sabían nada de Oiga Turgueniev, así como en los restantes distritos. El comisario jefe de la Sûreté se puso en movimiento. Una hora después se presentaba en la rue Grenelle para asegurar:

—Mis hombres no han detenido a esa señorita. Me temo que se trate de un rapto.

—¡Un rapto! —exclamó Butenko, indignado—. Vi el carnet de policía.

—Un documento puede falsificarse.

La consternación se dibujó en el rostro de Dascalul, que fue el primero en hablar:

—Aunque dice muy poco en pro de la seguridad de los que residimos en Francia, hemos de prestar crédito a las palabras del comisario y agradecerle su interés y su atención al visitamos.

—¿Un atentado político?

—¡Oh, no! —se apresuró a aclarar Nicolae—. Me temo que se trate de un rapto sentimental. Esa señorita iba a Casarse mañana. Haga lo posible por hallarla.

—Daré las órdenes oportunas. ¿Desean algo más?

—Nada —repuso el embajador—. Sé que se esforzará en el cumplimiento de su deber.

Una vez que el comisario jefe de la Sûreté hubo desaparecido, Doc, mirando a Dascalul, inquirió:

—¿Y bien?

En los ojos del inspector de la N.K.V.D. brilló una luz diabólica…

CAPÍTULO VII

Apenas salí del portal de la casa en que habitaba, varios hombres me rodearon. Algunos empuñaban pistolas.

—No haga el menor movimiento —me conminó René Dumesnil.

—¿De qué se trata? —pregunté, fingiendo ignorancia.

—Pronto lo sabrá.

Con dedos ágiles me registró, apoderándose de mi pistola.

—¿Fueron ustedes los que me llamaron por teléfono?

—Sí. Necesitábamos que abandonara su domicilio. No podíamos esperar a mañana. Suba a ese coche.

Obedecí. Tres hombres lo hicieron conmigo. El resto ocupó otros dos automóviles.

—Han movilizado un verdadero ejército. ¿Tanto me temen?

—Son elementales precauciones.

El vehículo rodó por las desiertas calles de París. Eran las cuatro de la madrugada. Aunque me di cuenta apenas descolgué el auricular de que no era Olga la que me avisaba, simulé no advertirlo. Me dejaba prender por mis enemigos de acuerdo con…

—¿A dónde me llevan?

—Mire a su izquierda.

No lo hice. Sabía que iban a golpearme y me propuse evitarlo.

—Me desagrada recibir un culatazo en la nuca. Véndenme los ojos. Prometo no hacer resistencia.

—Celebro su sensatez.

Corrieron las cortinillas del coche. Me distraje un momento y un dolor agudo me hizo comprender que Dumesnil no se resignaba a no concederme el trato que yo le dispensé en los jardines del Luxemburgo. Luché por no perder el conocimiento, pero fue inútil.

Al recobrarlo me rodeaban las tinieblas. Quise llevar mis manos a la cabeza, en la que sentía un insoportable dolor, y entonces me di cuenta de que estaba atado.

Tardé largo rato, por la turbación mental que experimentaba, en ordenar los hechos en mi memoria.

¡Esperar! No me quedaba otro recurso. ¡Y confiar que la Providencia no me abandonase!

Ambicionaba el momento de enfrentarme con mis enemigos. ¿Se presentarían en mi celda Nicolae o Doc? Era posible que continuasen en el anónimo.

Mis ojos, al habituarse a la oscuridad, pudieron distinguir algunos

detalles del lugar en que me hallaba. Vi una estrella por un hueco en la pared y deduje que era un ventanillo. El suelo era de piedra, y arrastrándome comprobé que las paredes estaban revestidas de cemento.

Con el amanecer me convencí de que me hallaba en un auténtico calabozo y de que el respiradero al exterior, situado junto al techo, comunicaba con algún patio. No escuché el rumor de la ciudad ni el paso de camiones o automóviles, por lo que deduje que me hallaba fuera de París. La puerta de hierro me convenció de la inutilidad de una fuga.

Transcurrió el tiempo. ¿Una hora? ¿Dos? Igual daba. Lo importante era conocer las intenciones de mis raptores.

Mi juventud y mi espíritu aventurero impusiéronse al temor. No podía consultar mi reloj de pulsera por tener las manos atadas a la espalda. Sin embargo, la claridad y el hambre probaban que habían transcurrido varias horas.

Al fin escuché pasos, que se fueron acercando hasta detenerse junto a la celda, cuya puerta se abrió para dar entrada a Nicolae Dascalul.

—Buenos días, señor Howland. ¿Sorpresa?

—Relativa. ¿No le da miedo quedarse solo conmigo?

El carcelero abandonó la prisión.

—No sea irónico. Está en situación de implorar y no de burlarse.

—¿Usted cree?

—Sí. Vengo a hacerle un favor, pese a sus imprudencias.

—Me enternecen tales palabras, Nicolae. ¿Por qué no pone un pitillo en mis labios?

Dascalul obedeció. Los dos guardamos silencio, abstrayéndonos en la contemplación de las volutas de humo.

Pensábamos. Él, en cómo abordar el diálogo. Yo, intuyendo sus preguntas, en la manera de responderle.

Escupí la punta del cigarro, afrontando el interrogatorio.

—¿Qué pretende de mí?

—Saber qué hizo con Olga Turgueniev.

—Muy inteligente, Nicolae. Ella… garantiza mi vida. Si no aparezco, su amiga morirá. No se moleste en buscarla.

—¿Pertenece al Servicio Secreto, George?

—Sí. Y usted a la N.K.V.D.

Dascalul me miró fijamente, asombrado de mi audacia.

—¿Y si le dijera que Olga no nos interesa? ¿Qué no la salvaremos?

—No le creería. De todas formas, vida por vida. Siempre es un consuelo saberse vengado de antemano.

Nos retamos con el gesto. Mi serenidad terminó de desconcertarle, irritándole.

—¡Tendrá que confesar su escondite! Me sobran medios para conseguirlo.

Sonreí.

—Invertirá un tiempo precioso. Resistiré cinco, diez o veinte días. Los suficientes para que Olga Turgueniev sufra idéntico trato y mis camaradas me busquen. Le aseguro que son más peligrosos que yo.

—No lo dudo. Utilizaremos métodos rápidos. Con o sin esta mujer, necesito saber cosas que usted puede decirme.

—Se coloca fuera de la Ley, Nicolae.

—No es la primera vez. ¿No le espanta su futuro?

—No. La muerte me ha rodeado muchas veces. Le propongo un pacto. Deme la relación de los agentes soviéticos en Europa. Le prometo nacionalizarle americano, arreglando su traslado a los Estados Unidos.

Tan disparatada le pareció a Dascalul mi proposición, que rio.

—Es usted muy original.

—Tengo mis razones.

Tal era mi aplomo, que Nicolae se inquietó.

—¿Por qué lo dice?

—¿Me da otro cigarrillo?

—¡No! ¡Habrá de merecérselo! —llamaron a la puerta y autorizó—: ¡Pase!

Entró Doc Butenko, a quién fingí no conocer.

—Supuse que me necesitaría.

—Sí. Le concedemos una tregua hasta la noche. Creo que será razonable. Desátele, Doc.

El aludido obedeció sin replicar. Nicolae me arrojó un paquete de cigarrillos y una caja de fósforos.

—Gracias.

—No me gusta ser cruel mientras es posible evitarlo. Le traerán de comer dentro de un rato. ¿Funciona su reloj?

—A las diez vendré por su respuesta. Por si se negara, me acompañarán especialistas en tortura.

—¿Rusos?

—No, franceses. Los meridionales son más refinados que nosotros, aunque la literatura sostenga lo contrario.

—¿Qué me concederá si hablo? —inquirí por conocer a fondo las intenciones de mi interlocutor.

—Un tiro en la nuca. Piénselo.

—Lo haré.

Deseaba que me dejaran solo para desentumecer mis músculos. ¿Habrían perdido mi pista los del Servicio Secreto?

Comí con apetito el contenido de dos latas de conservas y pan que me llevó el carcelero, junto con una botella de vino. Era forzoso reconocer que Nicolae no se portaba mal. Sin duda esperaba valiosos informes.

Miré mi cronómetro, que avanzaba, para mí deseo, demasiado

rápidamente.

Al declinar la tarde paseé por la celda como una fiera enjaulada. Mis compañeros me prometieron actuar en las primeras doce horas. ¿Por qué no lo hacían?

Las ocho… Las ocho y media… Las nueve… Me mordí los labios. Cien veces la muerte antes que delatar a los que se jugaban la vida más allá del “telón de acero”. ¿Y el dolor? Me confortó la idea de que cuando el organismo no fuese capaz de resistirlo me desvanecería.

El tictac del minutero sonaba en mis oídos como mazazos que la muerte diera en el yunque de mi vida.

A las diez menos cuarto el sudor me corría por las mejillas. Encendí el último cigarrillo del paquete que Dascalul me entregara, consumiéndolo rápidamente. El ataque de pánico cesó. A la llegada de mis verdugos era un hombre tranquilo, irónico, el de siempre.

Dascalul y Butenko me miraron con frialdad. Les acompañaba René Dumesnil.

—¿Ha reflexionado, Howland?

—Sí.

—¿Su respuesta?

Necesitaba ganar tiempo.

—Empiece a preguntar.

—¿Y Oiga Turgueniev?

—Pueden encontrarla en el número ciento dos del boulevard Masena. Es un edificio de un solo piso.

Había dado unas señas falsas. Doc las apuntó, sugiriendo al de la N.K.V.D:

—Pueden no ser ciertas.

—Pronto lo sabremos. Envíe a un grupo de acción a rescatarla. Reúnase enseguida con nosotros.

Salió Butenko. Dascalul, con espantosa frialdad, me ordenó:

—Quítese la americana y la camisa. Temo que nos haya mentido. Si es así, yo mismo me encargaré de usted.

Simulé obedecer, y de pronto salté contra mis enemigos. Nicolae, que esperaba, sin duda, tal reacción, se hizo a un lado mientras René intentaba empuñar una pistola.

Rodamos envueltos en mortal abrazo. Me esforcé en dominarle. Desistí al oír una voz:

—No sea suicida. Estoy dispuesto a abrirle la tapa de los sesos.

Desarmado contra dos hombres nada podía hacer. Seguro que no agravaba mi situación, propiné un feroz izquierdazo a René, partiéndole una ceja. Luego me incorpore. Nicolae me apuntaba con un revólver.

—Colóquese en la pared opuesta y quítese las ropas. ¡Quieto!

El francés, que avanzaba contra mí, se contuvo.

—Quería solo devolverle la caricia.

—Tiempo tendrá de hacerlo. Vaya por el látigo. Yo le tendré a raya.

El aludido obedeció. En mi mente se agigantó una realidad. ¡Hombre contra hombre! ¡Si pudiera distraerle…!

No tuve oportunidad. Doc Butenko entró.

—Ya salen los muchachos.

—Bien. Dispóngase a tomar nota. ¿Por qué huyó de Dessau a costa de su propia vida?

—Temía que me identificaran.

—Es lógico. ¿Quiénes le ayudaron en Moscú? ¿Dónde residió? ¿Por qué medios enviaba sus mensajes?

Medité. Era necesario que siguiera engañándole. Aquellos informes tardarían más en comprobarse.

Muy despacio, aprovechando mis conocimientos de Moscú, fui dando señas y datos falsos. A veces callaba con obstinación, como resuelto a sacrificarme. Por dos veces el látigo que René trajo se ciñó en mi cuerpo. Daba tal verosimilitud a mis palabras, que una hora después mis verdugos se disponían a abandonar la celda. El semblante del inspector de la N.K.V.D. expresaba satisfacción y desprecio.

—Los del Servicio Secreto americano no son héroes —dijo por toda despedida.

—No —respondí—. Somos hombres. ¿Le importa darme más cigarrillos?

Me tiró un nuevo paquete.

—Hasta que comprobemos la veracidad de sus informes tendrá lo que desee. No acostumbro negar nada a los condenados a muerte. ¡Pobre de usted si ha mentido! Los del grupo de acción estarán al regresar. Si nos engañó en la primera pregunta lo habrá hecho en todo.

Quedé solo. ¡Qué breve tregua conseguida!

Fumé con ansiedad. Media hora después oí pasos de nuevo. Crispé los puños.

El hombre no se detuvo, continuando por el pasillo.

A las doce menos minutos la puerta se abrió. Por los rostros encolerizados de Dascalul y Butenko y por la expresión satisfecha de Dumesnil deduje que habían comprendido mi burla.

Confiaba íntimamente en el Servicio Secreto. ¡Ganar más tiempo! Nicolae fue el primero en hablar.

—He evitado ser brutal, pero usted me obliga. Comenzaré el nuevo interrogatorio tras un duro escarmiento. ¡Átele, René!

Me ligaron las muñecas por delante para dejarme la espalda libre. Dumesnil me arrojó de bruces al suelo de un brusco empellón y consultó a su jefe con la mirara. Su diestra blandía el látigo. Su semblante expresaba ferocidad.

—¿Empiezo?

—Sí.

—¡Un momento! —grité.

—¿Pretende engañarnos de nuevo?

—No —era llegada la hora de las decisiones, de afrontar la responsabilidad—. ¡No declararé aunque me destrocen! ¿No le ha extrañado que me dejara prender tan fácilmente?

Dascalul, sobresaltado de pronto, contestó:

—Sí. Lo atribuí a un exceso de confianza.

—Permití que me apresaran para que mis compañeros, al seguir a mis raptores, descubriesen el cuartel general de la M.G.B. y de la N.K.V.D. en París. A estas horas las fuerzas del Gobierno cercan esta casa.

—No lo creo.

—Peor para usted —el minutero de la libertad continuaba avanzando. Decidí alargar la tregua—. Le voy a dar una gran sorpresa. Desde la escalera de incendios del "Petit Palais" y por la abierta ventana escuché su diálogo con Doc, presenciando la entrada de René. Veo que se sobresalta. Lo que le estoy diciendo no forma parte del interrogatorio, pero merece la pena oírlo. ¿No es así?

—Continúe. Deme una prueba de que es cierto.

—Amenazó a Butenko con relevarle. Al fracasar el atentado de los explosivos que depositó debajo del butacón con un movimiento de los pies, comprendió que era mejor apresarme para averiguar lo que ahora pretenden. Entonces hablaron de ello. Mi memoria es prodigiosa. Voy a demostrárselo, repitiendo sus mismas palabras: "Hay que cazar vivo al americano".

La inquietud de Nicolae iba en aumento.

—Siga —apremió—. Es su última carta.

—Decisiva para los dos. ¿Me cree ten necio como para volver a mí domicilio después de saber sus proyectos y menos aún para dejarme engañar por una llamada telefónica? Me presté a un juego, pero lo cierto es que ustedes han secundado mis proyectos.

Visiblemente impresionado, Dascalul miró a Doc.

—¿No será un nuevo truco? —dijo Butenko.

—Es cierto que escuchó nuestro diálogo. Ha reproducido una frase. ¡Que doblen las guardias! Hay que resistir si nos atacan. Ocúpese de la defensa. En caso de peligro huiremos por el pasadizo. Si nos dan tiempo le interrogaremos antes de marchar. ¡Todos preparados! Comuníqueme las novedades por un enlace.

—Sí, inspector.

—Hemos procedido estúpidamente. Procuraremos remediar la falta —se encaró conmigo, comprendiendo mis propósitos—: No le concederé más tiempo.

—¿Por qué no abandonamos el refugio llevándonoslo con nosotros?

—Pese a que le creo sincero, desesperado, puede ser una trampa. Tal vez el Servicio Secreto haya perdido nuestra pista. No es digno abandonar el campo sin combatir. Vaya a lo que le he dicho.

Doc Butenko salió de la celda. Desde donde me hallaba miré a Dascalul.

—Lástima que su inteligencia la haya consagrado al mal.

—Eso no le importa. ¡De aquí no saldrá vivo! Empiece. Dumesnil.

El látigo se alzó en el aire, y en ese momento, antes de que mi verdugo descargara el golpe, escucháronse disparos, seguidos del tableteo de una ametralladora.

René, instintivamente, se dirigió a la puerta. Nicolae, desenfundando la pistola, le conminó:

—Soy yo quien manda. Acostumbro a matar a los cobardes.

El francés no tuvo más remedio que acercarse de nuevo a mí; pero sus golpes, dados con mano temblorosa, carecían de vigor. No obstante, a los pocos minutos sangraba por la espalda.

Fuera continuaba la batalla. Doc entró, agitado.

—No hay tiempo que perder. Nos atacan.

—Resista.

—Utilizan helicópteros. Más de una docena de hombres se han dejado caer en la terraza y se abren paso en el piso superior. Los muchachos están desconcertados.

Aprovechando la distracción de Dascalul, René Dumesnil intentó alcanzar el pasillo. El inspector de la N.K.V.D. le apuntó con frialdad, disparando. El proyectil le destrozó la cabeza.

—Era un cobarde. ¿Quiénes son los que se defienden?

—Simples malhechores a sueldo.

—Que se sacrifiquen por nosotros. Vayan por el pasadizo y ponga en marcha el motor del automóvil. Me reúno enseguida con usted.

—No tarde.

—Solo necesito un minuto.

Salió Doc, dejándome indefenso en poder de aquel monstruo. Sus palabras rezumaron odio.

—Vas a morir.

Hizo descender la pistola, apuntándome a la cabeza. Aún considerándome perdido, utilizando las no atadas piernas, giré en el suelo al tiempo que Nicolae apretaba el gatillo. Sentí un leve roce en la mejilla izquierda, y antes de que rectificase el tiro había conseguido acercarme a él, intentando derribarle. Noté una quemadura en un hombro. Decidido a luchar hasta el último aliento, alcé los pies, golpeándole en el bajo vientre. Se inclinó gimiendo de dolor. Cayéndosele el arma.

Detonaciones y voces próximas le hicieron recobrarse y comer por la galería. Cerré la puerta como pude, temeroso de que, en la fuga, entrase

alguno de los secuaces de Dascalul y me asesinase.

Notaba la sangre deslizarse por mí pecho desnudo. Me tendí boca abajo. Era la mejor postura para que las llagas producidas por el látigo de Dumesnil no rozasen el suelo.

El fragor de la batalla había cesado. De vez en vez escuchábase un disparo. Al fin se hizo el silencio.

En mis oídos algo vibró con estruendo…

CAPÍTULO VIII

No di crédito a lo que veía. ¡Me pareció tan brusco el tránsito de la oscuridad! Lancé un grito. ¡Otra vez en poder de mis enemigos!

—¡No…!

—Tranquilícese, Howland —oí una voz a mí izquierda—. Está a salvo.

Me moví en el lecho, contemplando un rostro que tuvo la virtud de serenarme.

—A sus órdenes, inspector.

Quise incorporarme y me desvanecí. Entre sombras escuché la voz de una mujer: Olga Turgueniev.

—Será mejor que me vaya. Es posible que me odie. Yo le mezclé en este asunto.

—No lo crea, señorita. George Howland es uno de nuestros mejores agentes. Si intuyó una red de espionaje soviético no necesitaba ajenos impulsos. Quédese. Se encuentra bajo los efectos de unas horas terribles.

Sentí entrar un tercer personaje en la habitación. Quise abrir los ojos y no pude. Continué oyendo.

—¡Hola, doctor! Se despertó para perder el sentido de nuevo. ¿Morirá?

—Le bastarán quince días para reponerse. La herida del hombro carece de importancia. Sufre una crisis emocional. Eso es todo. Ya se recobra.

Minutos después charlaba con el facultativo y el inspector, reteniendo una mano de Olga, que se sentó a la cabecera.

—¿Capturaron a Butenko y Dascalul?

—No, pero no podrán ir lejos. Las estaciones, carreteras y aeropuertos hierven de gendarmes. Buen trabajo el suyo.

—No, inspector; he fracasado. Los que apresaron o murieron carecen de importancia. Doc y Nicolae son los responsables.

El médico, que escuchaba en silencio el breve diálogo, intervino:

—No debe preocuparse, señor Howland. Para su convalecencia, la Embajada es un seguro refugio.

—Tal creo.

—¿Por qué tardaron tanto en atacar, inspector?

—Íbamos a hacerlo cuando vimos salir dos coches con hombres. Temerosos que le trasladaran a otro lugar, les seguimos. Para que no reparasen en la persecución utilizamos vehículos camuflados. Al volver al punto de partida di orden de iniciar la ofensiva. Por fortuna, llegamos a tiempo. Al principio temí que le hubieran matado. Mi alegría fue enorme al comprobar lo contrario. Encontramos gran cantidad de armas y una emisora.

—¿Dónde estaba la casa?

—A media milla de la carretera de Versalles. ¿Se encuentra con fuerzas para referirme su aventura?

—Sí —lo hice sin omitir detalle, pausadamente, terminando—: He pasado un miedo espantoso.

—Que ahora tiene el valor de confesar a su jefe. En trances semejantes todos temblamos, aun cuando el enemigo no lo advierta. Tenía usted razón. Hay que capturar a Doc y a Nicolae. Le dejamos solo con Olga para que calme sus nervios con asuntos ajenos al servicio.

Sonriendo bonachón se dispuso a abandonar la alcoba en unión del facultativo, quien, desde la puerta, hizo una última advertencia:

—No debe hablar con exceso.

Olga y yo guardamos silencio. Aún tenía cogida una de sus manos.

—¡Cuánto he sufrido al verte cubierto de sangre, torturado! Ya no me importa mi porvenir. Seré presa o desterrada. ¡Lo mismo da! He confesado la verdad al inspector, no ocultándole mi condición de agente femenino de la N.K.V.D.

—No te ocurrirá nada —repuse, emocionado—. Intercederé por ti. No pertenezco a un organismo sin alma, sino a una fuerza enraizada con la verdad y el perdón, una salvaguardia de la paz. Mis enemigos no sospechan de ti. Te creen una víctima mía. Nada te amenaza. Puedes volver a tu país si lo deseas.

Una lágrima se deslizó por la mejilla de Olga Turgueniev.

—Sí. Es lo mejor. Regresaré a Moscú. Es fácil que me reúna con mi padre en Siberia o que me case con Doc, si consigue evadirse de las autoridades francesas.

Se levantó, libertando su mano de la mía. Su rostro reflejaba tristeza.

—¡Espera! No te vayas aún. Me pediste que me casara contigo para librarte de la esclavitud de tu patria. Después, en el bosque de Vincennes, llegué a pensar que me querías. Aún me abrasa los labios el recuerdo de tu beso.

—¡George!

—¿Fue todo ficción? Si es así, desengáñame.

Quise incorporarme, sin conseguirlo. El hombro me pesaba terriblemente y en la espalda me parecía tener ríos de fuego. Debí palidecer tanto, que Olga se asustó.

—¡No te muevas! ¡Puedes desmayarte!

Se sentó en el borde del lecho, acariciándome las mejillas con ternura.

—¡Te quiero, Olga! ¡No me abandones!

—No, George. Juntos para toda la vida.

Ella lloraba de felicidad. En mi pecho se había abierto una rosa de esperanza…

Hablamos de un futuro feliz, de una existencia compartida, de unos

hijos, carne y sangre del humano amor.

Nos interrumpieron para llevarme la comida, que ella me dio con la dulzura de un alma que se sabe comprendida y amparada.

Al atardecer entró el inspector acompañado de otro hombre.

—Perdone, Howland. Es un dibujante del departamento. Con los datos que le facilite hará unos retratos para la Prensa francesa. El Gobierno ha decidido tomar cartas en el asunto ante la presión americana.

—Le facilitaré algo más concreto —repuse—. ¿Y mi ropa?

—En un armario. Está manchada de sangre.

—En la hebilla del cinturón hay una máquina micro-fotográfica. Encontrarán interesantes clisés. Olvidé decírselo. ¿Qué más necesita de mí?

—Su obediencia.

Miré extrañado al jefe en París, del Central Intelligence Agency.

—No le entiendo.

—Es bien sencillo. Dentro de tres días un automóvil le conducirá, en unión de Olga Turgueniev, a un punto del canal de la Mancha, desde el que una embarcación les llevará a Londres. Allí informará a quién corresponde de sus trabajos en Rusia. Luego, en Washington, debe entrevistarse con el secretario ejecutivo. Le he propuesto para un año de permiso.

—¿Y Doc? Me gustaría…

—Otros se encargarán de él y de Dascalul.

—Pero…

El inspector me interrumpió:

—¿Se cree imprescindible? ¿Supone que en el departamento no hay hombres de su valía?

Su tono era seco, imperativo. Respondí:

—Interpreta mal mis sentimientos. Me agrada terminar las misiones que empiezo.

—Por una vez no será así. Su quebrantado sistema nervioso necesita sosiego. No estará en condiciones físicas de luchar hasta que transcurra un mes. Les sugiero una idea para que no se aburran.

—¿Cuál?

—Cásense.

Rio al advertir la turbación de Olga.

—¿Me autoriza?

—Desde luego. A la “camarada Turgueniev” —el inspector se expresaba con ironía—, no se le exigirán responsabilidades.

Emocionado miré a Olga, que se enjugaba una lágrima. Ella musitó:

—No te equivocaste al juzgar a tus superiores, George. Oriente tiene que ser vencido, porque su poder se basa en el terror.

No pude dar las gracias a mí jefe. Discreto, se había retirado…

CAPÍTULO IX

Casi completamente repuesto de mi herida llegué con Olga a Londres una mañana en que, quizá para desmentir la tradición, el sol lucía esplendoroso en un cielo sin nubes. Nuestra boda habíase celebrado horas antes en la Embajada de los Estados Unidos en París.

Después, todo fue tan rápido que nos pareció un sueño. El ágape en el despacho del agregado comercial, la despedida, el viaje a Calais, el paso del canal y, por fin, Londres.

Durante el trayecto ella se acurrucó en mi hombro, temerosa quizá de ver alzarse entre los dos las sombras de Nicolae Dascalul y Doc Butenko. La tranquilicé hablándole de mi anciano padre, de los derechos cívicos de que disfrutaba por haber adquirido con el matrimonio mi nacionalidad.

Nos alojamos en un hotel de Victoria Street, muy cerca de la catedral de Westminster. Una vez en la habitación, la besé apasionado. Al notarla turbada y temerosa me separé, diciéndole:

—Pide cigarrillos por teléfono. Agoté los míos.

Lo hizo. Me rogó:

—Perdona mi nerviosismo. Ha sido tan rápido, tan maravilloso…

—Lo comprendo, querida. ¿Fatigada?

—No.

—Entonces, para que te habitúes a tu nuevo estado, te propongo que salgamos. He de hacer una visita. No tardaré. Mientras la realizo puedes esperarme en Green Park. Comeremos en un restaurante, invirtiendo la tarde en recorrer la ciudad. ¿Te parece?

Accedió encantada, y dejando nuestras maletas en la habitación, sin abrir, descendimos en el ascensor. En el vestíbulo nos abordó un botones con un paquete de "Philip Morris". Le di medio chelín de propina.

—Que lo carguen en cuenta.

—Bien, señor. Gracias.

Salirnos. Conocía bien Londres. A pie, por Read Birdcage, bordeando el palacio de Buckingham, penetramos en el Green Park por la puerta de Wellington.

Sentados en un banco de madera, contemplando las bandadas de pájaros que buscaban las migas de pan dejadas caer por los niños, el tiempo pasó sin sentir. A la una me incorporé.

—¿Me perdonas que te deje?

—Ve a lo tuyo y no te preocupes. ¿Asunto del servicio?

—Sí. Dictaré un informe. Luego… seremos libres como el aire.

La besé en la mejilla, y a buen paso, para acortar en lo posible la

separación, llegué a Piccadilly, penetrando en un edificio en el que se hallaba instalada la oficina secreta del Servicio Secreto americano. Me recibió amablemente el inspector Fred Harding, hombre de unos cuarenta años y rostro simpático.

—¡Hola, George! No le esperaba tan pronto. Me comunicaron de París su llegada.

—Tengo deseos de disfrutar con mi esposa el permiso que me han concedido. ¿Cómo tan solo?

—Siéntese, Howland. Me han ordenado que bajo ningún concepto le ocupe en el más pequeño asunto. Sin embargo… es mi deber prevenirle. ¿Un cigarro?

Me tendió un habano, que encendí.

—Usted dirá.

—Los agentes del *Deuxième Bureau* perdieron en Boulogne, costa francesa, la pista de Nicolae Dascalul y Doc Butenko. Se supone, con marcado fundamento, que han conseguido entrar en Inglaterra. Quizá le busquen. ¿Supone para qué?

—Por venganza.

—Exacto. Además les ha arrebatado uno de sus más valiosos auxiliares. Me refiero a Olga Turgueniev. ¿Aceptaría un consejo?

—Depende… —respondí con prudencia.

—Dicte al magnetofón cuanto sepa y márchese mañana en el cuatrimotor de las once de la noche. Yo me encargaré de conseguirle los billetes.

El inspector Fred Harding esperaba una negativa por mí parte, pero no fue así. Estaba harto de lucha y necesitaba descansar.

—¿De verdad no me necesita?

—No. Es más, le prohíbo intervenir en la captura de esos forajidos.

—¡Acepto! Abandonaremos Londres. Ponga una cinta de media hora. Resumiré.

Harding manipuló en un moderno aparato, y minutos después comenzaba la historia de mi actuación en la Unión Soviética, así como todos los datos que podían contribuir a la captura de mis enemigos.

Terminé, y con un suspiro de alivio, encendí el puro que había dejado apagar, poniéndome en pie.

—¿Manda algo, inspector?

—Nada. Que cuide su hombro. He observado que apenas mueve el brazo.

—El médico me lo ordenó para que no se abriera la herida. Mañana volveré a esta hora.

—Le tendré preparados los pasajes. ¡Que sea feliz!

Estreché la mano de Fred, e intranquilo sin saber por qué, me dirigí al lugar en que quedara Olga. La divisé de lejos. Me reproché mis excesivos

temores. Indudablemente necesitaba una temporada de reposo.

Abstraída, no me sintió llegar.

—¿En qué piensas?

Se sobresaltó.

—En ti, en nosotros.

En sus ojos, que tanto me impresionaron al conocerla, había huellas de lágrimas.

—Has llorado. ¿Qué te sucede?

—Nada. Quizá demasiado dichosa. Terminaste pronto.

—Sí.

Me reservé la sorpresa de nuestra próxima partida. Quería dársela antes de marchar.

Comimos en un restaurante de orillas del Támesis, en las proximidades de Tower Bridge. Mi esposa no era capaz de disimular su preocupación y su tristeza. La interrogué cariñosamente, pero no obtuve satisfactoria respuesta.

Quizá evocaba a su padre, a cuya perdición contribuyera; a su amargo pasado…

No me pareció prudente forzarla a que me confesase sus angustias. Fuimos a un cinematógrafo de sesión continua de Southwark Street, y desde allí, atravesando el River Thames por el puente de Westminster, nos encaminamos al hotel.

En el vestíbulo, leyendo varias revistas, aguardamos la hora de la cena, que hicimos en silencio.

Ya en nuestro cuarto esquivó mi abrazo y habló:

—Lo que he de decirte te sorprenderá, George. Es mejor que todo acabe entre nosotros.

Tardé unos minutos en reponerme de mi asombro.

—No te entiendo. ¿Qué te ha ocurrido?

—Me es imposible definirlo. Tal vez sea que… no te amo.

Le costó trabajo pronunciar la frase. Intuí la verdad, pero callé. Con pulso tembloroso extraje un cigarrillo.

—Toma. Fuma, Olga. ¿A qué se debe tan brusco cambio?

Ella me miró con entereza.

—Es mejor no continuar el diálogo. Resulta demasiado doloroso para los dos. Nos separaremos esta misma noche. Aprovechando mi nueva nacionalidad, iré a América a rehacer mi vida. No he sido noble contigo. Fingí que…

No pudo seguir hablando. Un sollozo la interrumpió. Acomodóse en uno de los butacones. La sospecha que me asaltara en el primer momento se acentuaba. ¡Era increíble!

Dominé mi excitación. Olga Turgueniev continuaba llorando.

—Prescinde de escenas sentimentales. En la mesilla te dejaré mil

dólares y tu pasaporte en regla. No necesitas visarlo para trasladarte a los Estados Unidos. Que tengas suerte. ¿Me das la mano como despedida? No volveremos a vernos. Quédate en el hotel. Iré a otro. Pon mis cosas en una maleta y déjala en conserjería. Mandaré a buscarla. Adiós.

Ella alzó la cabeza, mostrándome un rostro bañado en lágrimas.

—¡George! Yo…

—¿Hay algo que te impida ser sincera?

—No. ¿Me odiarás?

—¿Odiarte? No podría. Soy un hombre que no tiene suerte en el amor. Ya sabes mis señas en San Francisco. Si necesitas el consejo de un amigo, pídemelo.

Hice ademán de marcharme. Olga me detuvo con el gesto y la palabra.

—Espera. No sé cómo explicarte…

—No te esfuerces. Necesitabas librarte de tu pasado y de tu nacionalidad soviética. Lo has conseguido. No te preocupes por mí. ¿La mano?

—No, George. Un beso.

Me ofreció sus labios. Por la palidez de su rostro intuí que iba a desmayarse. La sujeté a tiempo, trasladándola a la alcoba. El pulso latía normalmente.

La besé con ternura en las mejillas, y a fin de evitar nuevas emociones, salí del hotel.

¿Qué había motivado tal cambio en Olga Turgueniev? Me propuse averiguarlo.

Calculaba que tardaría diez o quince minutos en recobrar el sentido. Tal vez al comprobar que ya no me hallaba a su lado se entregara a extremos de desesperación. Detuve un “taxi”, ordenando al chofer:

—Al 72 de Piccadilly.

El automóvil enfiló por Grosvenor Place, el camino más corto para alcanzar desde Victoria Street la importante arteria londinense, que en las primeras horas de la noche, rebosaba de animación.

Por fortuna, el inspector Fred Harding aún estaba trabajando. Al verme tan excitado, se incorporó:

—¿Qué le ocurre?

—No tengo tiempo de explicárselo. Necesito caracterizarme.

Intentó mostrarse enérgico, pero sin convicción.

—¡Le prohibí que se mezclara en…!

—Defiendo mi vida y mi felicidad. Disfrácese también y venga conmigo. Le pondré en antecedentes.

—¿Considera el caso de importancia?

—Fundamental. Creo que coincidirá en mis sospechas.

Pasamos, a través de un pasillo, a un cuarto ropero en el que había toda clase de trajes. Elegí uno negro que, con unas gafas de concha y un

sombrero, me desfiguraban totalmente. El inspector vistió ropas deslucidas, casi de hampón.

Antes de abandonar su despacho, advirtió a un hombre que manipulaba en un aparato de radio:

—Le llamaré por teléfono. Que permanezcan cuatro agentes en espera de mis órdenes.

Salimos, y un “taxi” nos condujo a las proximidades del hotel. Semiocultos en el quicio de una puerta referí a Harding, sin omitir detalle, los inesperados conocimientos. Meditó antes de responderme:

—Sí… Su hipótesis puede ser cierta. No es prudente desecharla.

Transcurrieron dos horas. Comenzaba a desanimarme. ¿Acaso por disculparla, habría creado una historia inverosímil?

—¡Ahí va, inspector! Es la del traje negro.

—Sigámosla por distintas aceras.

Olga Turgueniev llegó al Houses of Parlament cuando el reloj de la torre daba once campanadas. Anduvo por Victoria Embankment hasta el puente de Blackfriars. Por London Road, New Kent y Grange Street alcanzó un edificio de aspecto comercial, de un solo piso. El ancho portalón estaba abierto, y tras comprobar el número, iluminado por una tenue bombilla, desapareció en él.

Fred y yo nos miramos. Sugerí:

—Entraré en la casa. Si tardara media hora en salir, proceda como le parezca oportuno. Hay que evitar que suceda lo que en París.

—Lo procuraré. Yo actuaré, George. Su hombro…

—Conozco bien a esos individuos.

—No utilice la puerta. Se hallará vigilada.

—Confío en la sorpresa. Pida la colaboración del *Intelligence Service* y de nuestros agentes. Hasta pronto, inspector.

—Suerte, Howland.

Con naturalidad, seguro de no ser reconocido con mi disfraz, me adentré en el portalón, aparentemente desierto. Una sombra se interpuso en mi camino.

—¿Dónde va?

Incliné más la cabeza para hurtar las facciones al foco de la linterna que me deslumbraba. Repuse con aplomo:

—El camarada Butenko me espera.

El vigilante dudó unos segundos, que me bastaron para golpearle con la culata de la pistola en la mandíbula, reduciéndole a la inconsciencia. La linterna no se apagó al caerse, y con su ayuda pude encontrar una cuerda en uno de los rincones, con la que até al centinela, amordazándole con mi propio pañuelo. Luego le arrastré a la oscuridad para que si alguien entraba no viese el cuerpo.

Avancé despacio por un estrecho corredor que desembocaba en una

escalera de caracol. Un hombre me miró con curiosidad, sin movimiento hostil. Dedujo, sin duda, que cuando el del exterior me autorizaba el paso era porque pertenecía a la organización. Además, las gafas de concha me daban un aspecto inofensivo.

Me acerqué a él como si fuese a preguntarle algo, encañonándole después con la pistola. Antes que pudiera reponerse del asombro, le di un culatazo en la sien.

No consideré necesario maniatarle. Tardaría en recobrarse. Me limité, pues, a ocultarlo tras una desvencijada mesa.

Uno a uno, con el arma empuñada dentro del bolsillo de la americana, ascendí los peldaños que me separaban del primero y último piso. En el rellano superior no había más centinelas.

Anduve por un pasillo a oscuras, ayudándome del tenue foco de luz. Voces próximas llamaron mi atención, y pegando mi espalda a una de las paredes, apagué la linterna. La conversación provenía de una estancia cercana. Miré por el ojo de la cerradura. No vi a nadie e hice girar el picaporte. Un sollozo femenino me hizo estremecerme. Hablaban en una estancia contigua, oculta por una cortina.

Escondido, escuché un diálogo nervioso, amenazante. Reconocí la voz de mi esposa y lo que dijo llenó mi alma de alegría.

—Cumpliendo vuestras instrucciones me he sacrificado por George. No tardará en marchar a su país. ¡Dejadle que viva y saciad en mí vuestro instinto criminal!

—Le amas demasiado para que no le mate.

Solo en dos ocasiones oí hablar a Doc Butenko, en el “Petit Palais”, escondido en la escalera de incendios, y en mis horas de prisionero, pero nunca olvidaría sus bruscos conceptos. Ahora fue Dascalul el que intervino:

—Prescindamos de tremendismos. En el Green Park te respetamos.

—No podíais hacer otra cosa. Un agente uniformado de la Metropolitana no cesaba de miraros. Él, sin saberlo, me protegió.

Me repugnaron los nuevos modales de Nicolae:

—Muy inteligente, Olga, más no tanto como para no haber caído en la trampa. Nos obedecerás quieras o no. ¿Dónde está Howland?

—Lo ignoro. Antes de separarnos me desmayé. Él se marchó. Buscadle.

Doc Butenko hizo de nuevo uso de la palabra:

—Lo haremos. Nuestra red de espionaje posee ramificaciones en Inglaterra. Gracias a ello supimos dónde os alojabais. Esta madrugada hubiéramos asaltado vuestras habitaciones.

—Os traicioné. Vengo a recibir mi merecido. Sin él… ¿para qué quiero vivir?

—Mucho le amas —comentó Nicolae.

—¡Con toda mi alma! Una cosa me extraña. ¿Cómo no vigilasteis el hotel?

—Le siguieron dos de nuestros hombres. En Piccadilly perdieron la pista.

Desde mi escondite no pude evitar una sonrisa. No me reconocieron al abandonar, disfrazado, la oficina del Servicio Secreto en compañía del inspector Fred Harding. El ansia de actuar me iba dominando. Aún era pronto. Faltaban diecisiete minutos para la hora concertada. Escuché de nuevo. ¿Por qué Olga no me avisó del peligro? No iba a tardar en saberlo. Dascalul me dio la clave.

—Te has sacrificado inútilmente por dos hombres. Ordenaremos a Moscú que hagan más difícil la vida de tu padre. En cuanto a George Howland, no tardaremos en conocer su paradero. Tenemos un confidente en el *Intelligence Service*. Él nos lo dirá. Los dos que le siguieron continúan vigilando la casa de Piccadilly, aunque suponen que ha escapado por una salida que ignoran. La red está tendida. Tú has caído en ella voluntariamente.

—Cumplí mi compromiso. Mi vida por la de él.

—La tuya ya la tenemos. Carece de valor. Has cambiado un futuro brillante por un estúpido sentimentalismo. En el bolso hay un pasaporte, en el que se dice que eres casada. ¿Cuándo lo hiciste?

Olga Turgueniev no omitió la verdad, relatando nuestra ceremonia. Terminó con orgullo:

—El vale más que vosotros.

—Habrá que demostrarlo. Considérate sentenciada a muerte.

—Sois un hato de cobardes, de miserables…

—¡Maldita!

Aparté la cortina unos centímetros y lo que presencié me hizo cometer una imprudencia. Butenko abofeteaba a Olga con crueldad.

De un salto, con la pistola empuñada, alcancé al ruso, golpeándole en la mandíbula. Después, en pie, sin dejar de encañonar a Dascalul y al propio Doc, que se tambaleaba, dije:

—¡Dadme una oportunidad para mataros!

Ninguno de los dos hizo ademán de defenderse. Me miraban como una aparición.

Nicolae fue el primero en reaccionar, encarándose con Olga:

—Debí sospecharlo.

La mujer, aún no repuesta del asombro, negó:

—Te equivocas. No le hubiera lanzado a semejante peligro. George, ¿por qué me seguiste?

Sin mirarla, para no ser víctima de una sorpresa, contesté:

—Me di cuenta de que te sacrificabas por mí. Simulé dejarme engañar. Al volver al Green Park, no ignoraba la presencia en Londres de Butenko y Dascalul. Me pareció increíble que nos hubiesen localizado. Ahora lo comprendo todo. Apenas llegué, me puse en contacto telefónico desde el

hotel con el *Intelligence Service*. El confidente avisó a Nicolae. ¿No sucedió así?

—En efecto —repuso el inspector de la N.K.V.D.—. ¿Va a detenernos?

—No quisiera. Me agradaría más que viniera el juez a levantar dos cadáveres. El de Doc será el primero si continúa moviendo la mano derecha. Ve por detrás, sin interponerte en la línea de tiro, Olga, y desármales. Disponemos de doce minutos para conversar.

Ella obedeció, demostrando haber recibido en el internado un buen entrenamiento.

Sarcástico, invité a mis mortales enemigos:

—Siéntense en el diván, con las manos en la nuca. Eso es. Hay un interrogante que me obsesiona. ¿Por qué quisieron matarme en Dessau?

Dascalul sonrió. Su serenidad comenzó a alarmarme.

—Las órdenes que di a los que dispararon desde el coche no eran de asesinarle. Necesitaba un pretexto policial para retenerle hasta que averiguáramos si usted era o no X-27.

—¿Y qué opinan ahora?

—Seguimos ignorándolo. ¿Me aclara esa incógnita?

—Fuera de aquí, tal vez. Levanta la cortina, Olga. Quiero ver la puerta que conduce al pasillo.

El instinto iba a salvarme la vida. En el momento en que mi esposa se separaba de mí, escuché pasos y tres hombres entraron portando revólveres.

—Dascalul, los dos centinelas…

Disparé a matar. Dos dobláronse trágicamente antes que pudieran oprimir el gatillo, pero el tercero se defendió. Noté un brusco golpetazo en el pecho que me hizo caer de rodillas. Vi a Olga Turgueniev empuñar las pistolas que arrebatara a Doc y a Nicolae y hacer fuego contra sus antiguos jefes. Su pulso no temblaba.

No tuve fuerzas para ayudarla, y presencié con admiración cómo Butenko y Dascalul rodaban al suelo, bañados en su propia sangre. El que me hirió yacía con la cabeza destrozada por un certero proyectil.

—Cubre la puerta —dije—. No tardarán mis camaradas en asaltar la casa.

Así fue. Fred Harding, con un grupo de hombres de paisano, irrumpió en la estancia. Mi mujer, vencida su resistencia, se desmayó.

El inspector, arrodillándose junto a mí, me reconoció la nueva herida.

—Llevadle a mí coche. Hay que conducirle al hospital más próximo. Buen servicio, George.

Mi última sensación consciente fue una niebla espesa que comenzaba a extenderse por la ciudad. Después perdí el sentido.

CAPÍTULO X

Me sorprendió hallar en el despacho del secretario ejecutivo del Servicio Secreto al inspector Harding.

—¿Cómo usted aquí?

—Vine en avión. ¿Qué tal esos boquetes?

—Cicatrizados.

—¿Y Olga?

—Con mi padre, en San Francisco, Por fortuna, terminó la pesadilla. Supongo que ahora me enteraré de lo que nadie ha querido decirme para no turbar mi convalecencia. ¿Se descubrió al confidente del *Intelligence Service*?

—Sí. Doc Butenko no murió hasta pasadas unas horas. Tenía esperanzas de curar y para conseguir nuestro perdón traicionó a sus camaradas. La redada ha sido completa… gracias a usted.

Fred Harding sonrió al terminar su frase.

—Me limité a cumplir con mi deber.

—Y a procurarme una enérgica reprimenda de mis superiores por no haberle impedido entrar solo en la casa.

Nos incorporamos respetuosamente al ver entrar al director general del Servicio Secreto.

—Siéntense —nos dijo—. ¿George Howland?

—Yo soy.

—He de reconvenirle por haberse excedido en el valor. No obstante, le considero tan eficaz y bien preparado para el espionaje, que firmaré su ascenso. ¡Enhorabuena!

Me tendió su diestra, que estreché con respeto y gratitud. No encontrando frase adecuada para manifestarle mi reconocimiento, opté por callarme.

—Seguí sus vicisitudes. Su fidelidad ha sido heroica.

—Cualquiera se hubiese comportado igual, señor.

—Lo sé. Me siento orgulloso de mandar hombres como ustedes. Mientras sea posible, le retendré en Washington, una vez que finalice el permiso, naturalmente. ¿Le agrada un puesto en el Estado Mayor? Le aconsejo que me responda de modo afirmativo, porque es algo irremediable para usted.

Sonreía.

—Acepto.

—Lo celebro. Ahora quisiera escuchar su consejo en un problema que me obsesiona. Para resolverlo he hecho venir al inspector Harding.

Hizo una pausa, distribuyendo cigarrillos antes de comenzar.

—El National Security Countil ha decidido construir en las proximidades de Nome, Alaska, una estación de radio para desvirtuar y estrangular la propaganda de las emisoras soviéticas. Proporcionaremos distracción a los hombres que prestan servicio en el mar de Meering y en las fuerzas terrestres del Ártico. La emisora actualmente en servicio no llega a los cincuenta vatios de fuerza. La nueva tendrá mil, y un alcance de trescientas a seiscientas millas. Si el tiempo es bueno, hasta un millar. Aunque en el comunicado oficial se ha asegurado que bajo ningún concepto se radiarán programas a Siberia, ya hemos recibido numerosas quejas del Gobierno de la Unión Soviética protestando contra lo que afirman es un claro intento ofensivo contra su seguridad nacional. No es tal nuestro deseo. Si lo hiciéramos, nos limitaríamos a dar una réplica a lo que ellos han venido haciendo. Por otra parte, nos proponemos enviar un grupo de técnicos especializados en mineralogía.

—¿En busca de uranio? —inquirió Fred.

—Exacto. Necesito un hombre que proteja los equipos y las instalaciones. He pensado en usted, Harding. Oigamos primero el criterio de George Howland.

Discutimos por espacio de varias horas. Al despedirnos, el jefe del Servicio Secreto nos deseó suerte. A mi camarada en su futuro cometido y a mí en el matrimonio, que calificó de peligrosa aventura.

Comimos juntos en un restaurante de la avenida de Nueva York, despidiéndonos al atardecer. Yo, para regresar a San Francisco, y él a la oficina central a recibir las últimas órdenes.

Me urgía reunirme con mi esposa y utilicé el avión en lugar del ferrocarril, avisando por telegrama mi llegada. Olga me esperaba en el aeropuerto.

—¿Y papá?

—Bien. Le dolía la cabeza y prefirió quedarse en casa.

Me alarmé.

—¿Has avisado al médico?

—No tiene importancia. Verás… Veo que te intranquilizas. Nada le ocurre a tu padre. Es que… le he rogado que me dejara venir sola.

La miré con atención. Ella, ruborizada, desvió sus ojos de los míos.

—¡Vamos! No seas chiquilla. ¿Qué te sucede?

—Hablaremos en otro sitio. Hay demasiado ruido.

En efecto. Los altavoces daban nombres de pasajeros y de ciudades y los motores de los aviones se mezclaban con las exclamaciones de alegría de las numerosas personas que iban a recibir o a despedir a sus familiares.

En un taxi nos trasladamos al Golden Gate, el magnífico parque de San Francisco. Olga me había intrigado.

Apenas despedí el vehículo, tras abonar el importe del trayecto, la cogí

del brazo, conduciéndola a un solitario paseo.

—Di.

Las palabras de mi esposa me sorprendieron.

—¿Te gustan los niños?

—Adoro los bebés. ¿Acaso…? —Olga inclinó la cabeza, en un mudo gesto de asentimiento—. No… No es posible.

—¿Por qué?

—Tienes razón. He dicho una tontería. Me resulta tan… ¡extraordinario! Siéntate… No debes permanecer en pie…

Una emoción extraña me dominaba. Me sentí más hombre…

Siete meses más tarde sostenía entre mis manos una niña, a la que su madre no quiso que llamáramos Olga para que nada le recordara Rusia.

Faltaba un mes para que finalizase mi permiso cuando me llamaron en conferencia desde Washington. La noticia me llenó de gozo.

Por la noche rogué a mí esposa que se quedara en la biblioteca a hacerme compañía. Papá, aleccionado por mí, se retiró a sus habitaciones. Apagué la radio y dije:

—¿Qué te falta para ser dichosa? No es preciso que contestes. Lo haré yo por ti. Piensas en Siberia, en un hombre con una cicatriz en la frente.

—No.

—Agradezco tu delicadeza al no recordarme mi promesa. Hoy hablaremos de él.

Olga Turgueniev se estremeció.

—¿Le mataron?

—No. Vive. El Servicio Secreto se esforzó en rescatarle. Hace cinco meses se escapó del campo de prisioneros, permaneciendo escondido en Nueva Zembla hasta que cesaron las investigaciones. Un barco de carga le condujo, costeando Noruega, a Bremen-Haven, el puerto americano de la zona británica de Alemania. Desde allí, protegido por nuestras autoridades, se ha trasladado a Norteamérica —sonó el timbre de la puerta—. Posiblemente sea él.

Mi esposa no se movió.

—Ve a abrirle, Olga.

—No me atrevo. Me maldijo en Moscú.

—Ignoraba quién eras. Ten ánimo.

Se incorporó. Escuché sollozos. Al asomarme a la puerta de la estancia les vi abrazados, sin otra manifestación de júbilo que las lágrimas. El hombre, al distinguirme, se apartó de Olga, acercándoseme.

—Usted ha sido nuestra providencia.

—De tú, padre —respondí.

Minutos después nos sentábamos en el tresillo de la biblioteca. Preparé unos vasos de *whisky*, que bebimos con avidez. Lo necesitábamos.

—Hube de recorrer muchas millas hasta llegar a la costa, donde me

aguardaba una motora. A no ser por la ayuda de un compatriota suyo, habría muerto. Él me guio por la cadena montañosa de los Urales, que enlaza con los macizos de Pai-Koi. Mientras burlábamos las lanchas de vigilancia soviéticas, me dijo que debía mi libertad al agente X-27.

Olga me miró, reprochándome:

—¡Tú! ¿Por qué no me lo advertiste? ¡Y pensar que te perseguí!

—Lo supe por el relato de tu vida. El único lugar desde el que no debe ejercerse en Moscú el espionaje es el "Hotel Metropol", controlado por la D.K.V.D. Habitaba en casa de un "informador" del Servicio Secreto. Escapé a tiempo. Una derivación del teléfono del Comisariado da Asuntos Exteriores, realizada con riesgo, me hizo comprender que era suicida prolongar mi estancia en la U.R.S.S. Inexplicablemente tardaron en descubrirla y pude averiguar detalles que me permitían burlarme de las autoridades. Así me enteré del viaje de Tula a Moscú y pude preparar la voladura del puente. Deseaba eliminar a Dascalul, a quién odiaba por su fanatismo. Más… no hablemos del pasado. El porvenir se ofrece maravilloso. Dale una alegría a tu padre. Dile que pronto le harás abuelo otra vez…

FIN



A TRES MINUTOS DE LA MUERTE

por
A. Rolcest

—¡Quieto!

El otro adelantó los puños. Datner dio un salto de costado, le golpeó en el estómago y el individuo se inclinó, descubriendo la nuca.

La mano de Harry cayó de canto. Y el individuo se desplomó. El *barman* levantó una botella, dispuesto a golpear al detective en la cabeza. Pero éste lo vio a tiempo y se lanzó sobre él, agarrándole del brazo con que manejaba la botella, y, con la otra mano, del pecho.

Así luchaba siempre Datner, el hombre que estaba constantemente

A TRES MINUTOS
DE LA MUERTE

...¡un personaje que usted no podrá olvidar!

A TRES MINUTOS
DE LA MUERTE

una de las mejores novelas de

A. ROLCEST

¡Léala en el próximo número!



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain

Notas

{1} *Consejo de Comisarios del Pueblo.*

{2} *Comité Ejecutivo de la III Internacional.*

{3} *El poder.*

{4} *La Embajada de la U.R.S.S. en París se encuentra en el número 79 de la rue de Grenelle, y el Consulado, en el 11 de la plaza de Malesherbes.*